

**H**abía luces y sirenas. Zayd estaba muerto. Mi mente sabía que él estaba muerto. El aire era como cristal frío. Se alzaban enormes burbujas y estallaban. Cada una parecía una explosión en mi pecho. Me sabía la boca a sangre y a tierra. El coche daba vueltas a mi alrededor. Poco después, se apoderó de mí algo parecido al sueño. De fondo, me parecía oír algo como disparos. Pero perdía la conciencia y soñaba.

De repente, se abrió la puerta de par en par y me sacaron a rastras a la acera. Me empujaron y me dieron puñetazos, un pie en la cabeza, una patada en el estómago. Había policías por todas partes. Uno me puso una pistola en la sien.

—¿Por dónde se han ido? —gritaba—. Zorra, más vale que abras esa puta boca y empieces a largar o te vuelo la cabeza.

Hice una señal con la cabeza indicando la autopista. Estaba segura de que nadie se había ido en esa dirección. Algunos policías se fueron corriendo.

Uno de los cerdos<sup>1</sup> sugirió:

—Tendríamos que darle matarile.

Pero los otros estaban ocupados en torno al coche, registrándolo. No hacían más que buscar y rebuscar por todos los rincones y ranuras.

—¿Has encontrado la pipa? —se preguntaban todo el rato unos a otros.

Luego, uno dijo:

—¿No tendríamos que meterla en el coche?

---

<sup>1</sup> En inglés coloquial se llama así a los policías.

—Ná, que se pudra en el puto suelo, que es lo que le corresponde. Sólo quítala del paso.

Noté que me arrastraban por la calzada, tirando de los pies. Me ardía el pecho. Tenía la blusa manchada de sangre. Estaba convencida de que me habían cortado el brazo de un tiro y que me colgaba dentro de la manga, sostenido por unas pocas tiras de carne. No lo sentía.

Por fin llegó la ambulancia y me metieron en ella. Que me movieran era extremadamente doloroso, pero valió la pena por las mantas. Los sanitarios me examinaron. Intenté hablar, pero sólo me salían burbujas. Echaba espuma por la boca.

—¿Dónde está herida? —se preguntaban el uno al otro como si yo no estuviera allí. Terminaron de examinarme. Me sentí aliviada.

—Vámonos —dijo uno de ellos.

—Vale, pero espera un momento —dijo el conductor y bajó del vehículo—. Ha recibido dos balazos —le oí decir—. Tenemos que esperar.

El conductor cerró la puerta de un golpe.

Dijo algo más pero no lo capté. Pasó el tiempo. Yo volví a perder la conciencia. Era algo muy raro, como un sueño, una pesadilla. Pasó más tiempo. Me pareció una eternidad. Perdía el conocimiento y volvía en mí, lo volvía a perder y volvía a despertar.

Una voz áspera preguntó:

—¿Ha muerto ya?

Volví a perder la conciencia. Oí otra voz:

—¿Ya ha muerto?

Me preguntaba cuánto tiempo llevaba allí la ambulancia. Los sanitarios parecían nerviosos. Las burbujas en mi pecho parecían hacerse más grandes. Cuando estallaban, todo mi pecho se estrechaba. Me desvanecí una vez más y soñé que estaba en el Sur en verano. Me acordé de mi abuela. «Si sobrevivo», me acuerdo que pensé, «sólo me quedará un brazo».

El hospital es de un blanco cegador. Todas las personas que veo son blancas. Todos parecen estar esperando. De repente todos se ponen en movimiento. Presión sanguínea, pulso, agujas, etc. Entran

dos detectives. Sé que son detectives porque lo parecen. Uno de ellos tiene una cara como de bulldog, con las mejillas que le cuelgan por los lados. Supervisan a la enfermera mientras ella me quita la ropa cortándola. Poco después, uno de ellos me frota los extremos de los dedos con lo que parecen bastoncillos de los oídos. Luego me entero de que es el test de activación de neutrones que determina si he disparado o no un arma de fuego. Otro intenta tomarme las huellas, pero le cuesta porque tengo la mano muerta.

—Dame el juego de los muertos.

Me pone los dedos en unas cosas como cucharas que se usan para tomar las huellas de los muertos. Empiezan a hacerme preguntas, pero entra un grupo de médicos. Uno de ellos, que parece el jefe, me examina. Me toca y me mueve, dándome vueltas como a una muñeca de trapo, y luego, como si fuera a matarme, me da la vuelta y me quedo boca abajo. El dolor es como un choque eléctrico. Gimo.

—No grites ahora, bonita —dice—. ¿Por qué le disparaste al policía? ¿Por qué le disparaste al agente?

Me gustaría darle una patada en la cara. Sé que ese hombre me mataría si tuviera oportunidad. Casi puedo ver cómo se le resbala el bisturí. Uno de los otros médicos dice algo de llamar al quirófano. «¡Y una mierda!» es todo lo que se me ocurre pensar, «¡Ni pa Dios!»

Poco después se van todos. Entonces entra en la habitación una enfermera negra. Me da una alegría inmensa verla. Se inclina hacia mí.

—¿Cómo se llama? —me pregunta—. ¿Cómo se llama?

Lo pienso y decido no decir nada. Si les digo mi nombre, sabrán quién soy y entonces me matarán seguro.

—¿Cómo se llama? —repite una y otra vez, articulando cada sílaba como hace la gente que habla con personas con problemas de oído o de entendimiento.

—¿Cómo se llama? ¿Dónde vive? ¿Cuál es su dirección?

Habla cada vez más alto.

—Necesitamos su firma, señorita —dice, agitando una hoja de papel ante mí—. Necesitamos su permiso para tratarla, en caso de que haya que operarla.

Repite lo mismo una y otra vez.

—¿Con quién debemos contactar en caso de emergencia? —(Esto me hace bastante gracia.)— ¿Cómo se llama? ¿Dónde vive?

Cierro los ojos, deseando que se vaya. Ella sigue hablando.

Me adormezco, pensando en el brazo, que sigue ahí.

—Nervios dañados. Paralizados —les he oído decir. Nunca se me hubiera ocurrido. No es tan malo, recuerdo que he pensado. Puedo vivir con eso si hace falta.

Más voces, otras distintas, que me hacen daño en los oídos y en la consciencia.

—Puede hablar —dice uno—. Los médicos dicen que puede hablar. ¿Dónde ibas? ¿Cómo te llamas? ¿De dónde venías? ¿Quién más iba en el coche contigo? ¿Cuántos erais? Sé que puede oírme.

Mantengo los ojos cerrados. Uno de ellos se inclina y se acerca mucho a mí. Siento su aliento en la mejilla. Y lo huelo.

—Sé que puedes oírme y sé que puedes hablar, y si no te das maña y empiezas a hablar, te voy a aplastar la jeta de una hostia.

Sin querer abro los ojos. Al momento se me plantan todos delante, lanzándome pregunta tras pregunta. Yo no digo nada. Poco después, vuelvo a cerrar los ojos.

—Ah, no se siente bien —dice uno de ellos con un tono dulce y burlón—. ¿Dónde te duele? ¿Aquí? ¿Aquí? ¿AQUÍ?

Con cada palabra llega un golpe. Busco con la vista, enloquecida, pero no hay nadie. Más golpes y puñetazos, pero ninguno me hace tanto daño como el pecho. Intento gritar pero al momento me doy cuenta de que es un error. Mi pecho entra en erupción y me parece que me voy a morir. Siguen y siguen. Preguntas y golpes. Creo que no lo van a dejar nunca.

Una voz de mujer.

—Teléfono.

—Gracias —dice uno de ellos, lanzándome una fea sonrisa. Se van.

Entra otro cerdo. Un cerdo negro. De uniforme. Se acerca más y veo que no es un pasma sino un guardia de seguridad del hospital. Se queda de pie no demasiado lejos de donde estoy yo en la cama y me doy cuenta de que no tiene un aire hostil en

absoluto. Su rostro se abre en una especie de sonrisa reservada y, muy discretamente, aprieta el puño y me hace la seña del poder. Ese hombre no sabrá nunca lo bien que me hizo sentir en aquel momento.

Los detectives vuelven con una enfermera. Comienzan a mover la camilla. Mi mente intenta pensar a toda velocidad. ¿A dónde me llevan? El único sitio que se me ocurre es el quirófano. Cuando llegamos a la sala de rayos X, me siento aliviada. Como tengo que darme vueltas para que me hagan las placas, me resulta doloroso, pero el técnico del aparato mola. Se acaban los rayos y me llevan por el pasillo mientras yo sigo empeñada en mantener los ojos cerrados. De repente, destellos de luz. Se me abren los ojos de golpe. Esta vez me están sacando fotos.

El fotógrafo de la policía pregunta:

—¿No quieres ofrecerme una sonrisita? Venga, sonríe.

Cierro los ojos de nuevo. Nos movemos. Se detiene la camilla. Uno de los cerdos le dice a la enfermera que le duele la cabeza. Ella se ofrece a buscarle algo.

La camilla se mueve de nuevo. ¿A dónde demonios me llevan? De nuevo cambia la luz y aunque mantengo los ojos cerrados, noto la diferencia. Parece que estoy a oscuras. No puedo soportarlo más y los abro. La habitación está a oscuras pero hay un poco de luz. Lentamente mis ojos se van acostumbrando. Hay algo junto a mí. Veo una silueta. Es algo en un plástico. Ese algo, mi mente se va dando cuenta poco a poco de que es un hombre en una bolsa de plástico. Y ese hombre es Zayd. Mi cuerpo se pone tenso. Y la mente me da vueltas.

Uno de los agentes dice:

—Eso es lo que te va a pasar también a ti antes de que termine la noche a menos que nos cuentes lo que queremos saber.

No digo nada, pero por dentro ardo de rabia: «¡Putos cerdos! ¡Cabrones! ¡Pamas de mierda! Hijos de puta, cabrones!». Rabio y rabio. «A vosotros no os daría ni la hora», recuerdo que pensé. «No os diría ni que la mierda huele a hostias.»

La noche va pasando muy lentamente. Enfermeras, médicos y agentes. Sigo asustada, pero estoy tan enfadada y de tan mala leche como asustada. Los detectives entran y salen, cuando no hay

nadie más que ellos siguen con sus amenazas y golpes. Pero al cabo de un rato, dejo de pensar demasiado en ellos. Pienso en vivir, en sobrevivir, pienso en lo que viene después. Me harán lo que quieran y yo no puedo hacer nada para evitarlo. Lo único que puedo hacer es ser yo misma, mantenerme tan fuerte como me sea posible, con todas mis fuerzas. Eso es todo. No hay forma de huir y yo no estoy en condiciones de intentarlo. Me doy cuenta de lo aislada y vulnerable que me encuentro en este momento. ¿Y qué pasa si realmente necesito cirugía? Necesito ayuda del mundo exterior. Tengo que intentar contactar con alguien. La enfermera negra no ha hecho más que ir y venir, preguntándome todo el tiempo las mismas cosas. Cada vez cierro los ojos hasta que acaba por irse. Decido pedirle que se ponga en contacto con mi gente la próxima vez que venga. Tal vez se enrolle. Es mi mejor apuesta, el guardia hace tiempo que se ha ido.

Me adormezco durante un rato. Cuando me despierto, una enfermera y un sacerdote están de pie a mi lado. El sacerdote mu-  
sita y parece que me frota algo sobre la frente. Al principio no comprendo lo que hace. Luego me doy cuenta. La extremaunción. La extremaunción es para personas que están a punto de morir.

—Fuera —digo en voz alta. No tengo fuerzas para decir nada más. Pero sé que no quiero la extremaunción de nadie. No me voy a morir, e incluso si me muero no voy a ser una hipócrita.

Vuelve otra vez la enfermera negra y comienza de nuevo con las preguntas. Antes de que se meta a tope con el tema, le hago una señal para que se acerque. No hay nadie más. Le pido que se ponga en contacto con mi abogada (que es mi tía). Le doy mi nombre y le pido que haga la llamada ella misma. Le cuesta entenderme y no hace más que decirme que repita mi nombre. Apenas puedo hablar y cada vez que me pide que repita, me dan ganas de gritar. Luego se me ocurre que el nombre de Assata le resulta totalmente desconocido. Probablemente nunca lo ha oído antes. Así que le doy mi nombre de esclava. Luego le doy el número de teléfono y ella se marcha corriendo.

Dos minutos más tarde los detectives caen sobre mí como moscas sobre la miel. Me amenazan y me ruegan, razonan conmigo y me ofrecen la luna. Me lanzan pregunta tras pregunta,

están cada vez más desatados. Uno hace de poli bueno que trata de salvarme del poli malo, sólo con que yo coopere. Me siento cansada y su numerito me cansa todavía más. Puedo ver el agotamiento en sus rostros. La noche entera se me está cayendo encima. Sus voces comienzan a sonar lejanas. Ya no puedo soportarlo. Que se vayan al infierno. Yo me voy a dormir. Esta vez me voy de verdad.

Cuando me despierto, la camilla se está moviendo. Un poco después llegamos a la zona del hospital dedicada a cuidados intensivos. El sitio está lleno de enfermeras. Me encanta. Todo lo que quiero es dormir. Pronto me quedo dormida de nuevo.

Vuelvo a despertarme y es el día siguiente. Los médicos hacen sus rondas. Uno de ellos, un interno, creo, es muy amable conmigo. Me examinan y pasan el resto de la mañana haciéndome analíticas, placas de rayos X, electrocardiogramas, etcétera, etcétera.

Pronto me entero de que me van a trasladar de nuevo. También me entero de que estoy en el hospital del condado de middlesex.<sup>2</sup> Oigo hablar a las enfermeras. Se alegran de que me trasladen porque los policías las están volviendo locas.

Cuando vienen a trasladarme, parece un desfile de la policía. Las habitaciones a las que me llevan se llaman la Suite Johnson. No puedo creerlo. Nunca me imaginé que los hospitales tuvieran habitaciones así. Hay un salón, una enorme habitación completamente equipada para uso hospitalario (donde me mantienen a mí), un estudio, una cocina, un baño completo y otro cuarto pequeño de cuya función nunca llegaré a enterarme. Me pasan a la cama y me esposan una de las piernas a las barras laterales.

No hago más que mirar a mi alrededor. Es un sitio elegante y está destinado claramente a la gente rica. Probablemente soy la primera persona Negra que ha estado en esta habitación. Y la única razón por la que me han traído es por seguridad. Han sellado las puertas y no puede entrar nadie, excepto por la sala de al lado, donde se han emplazado tres policías estatales. Dos de los habituales y un sargento.

<sup>2</sup> Como se verá, Assata aplica unas reglas ortográficas particulares al uso de mayúsculas, que hemos procurado respetar. (N. de las TT.)

La radio de la policía en el cuarto no hace más que cacarear todo el día: «Una carga de coloreados de aspecto sospechoso en un cupé blanco marca Ford». «Un negrata de aspecto sospechoso camina cerca del hospital, lleva chaqueta azul y zapatillas deportivas.» No se habla de ninguna persona blanca de aspecto sospechoso. Escuchando a los policías hablar en el cuarto de al lado y por la radio, me entero de que el hospital está a rebosar de agentes de la policía estatal. Parecen creer que alguien va a intentar sacarme por la fuerza. Me siento mejor. El Demerol me hace volar un poco y hace que me sea más fácil estar tumbada en esa posición torcida a la que me obliga la esposa en la pierna.

Poco más tarde ese mismo día, vuelve a comenzar. Detectives y más detectives. Preguntas y más preguntas. Esta vez son distintas. Ahora quieren saber sobre el Ejército Negro de Liberación, cómo es de grande, en qué ciudades tiene implantación, quién pertenece a él, etc., etc. Pero el objetivo principal de sus preguntas gira en torno al «tipo que se escapó». ¡Yo estoy encantada! Me imagino que Sundiata está a salvo en algún sitio, dejando que el tema se enfríe.

Ahora tienen más cuidado con cómo y dónde me golpean. Supongo que no quieren que queden marcas. Uno me mete los dedos en los ojos. No sé qué tendrá en las yemas, pero sea lo que sea, escuece de la leche. Creo que me voy a quedar ciega para siempre. Dice que lo va a seguir haciendo hasta que me quede completamente ciega. Cierro los ojos y aprieto todo lo que puedo. Me sigue golpeando algunas veces más. Parte de la sustancia se me mete en los ojos a pesar de todo. Las lágrimas me caen por la cara y siento que me estalla la cabeza. Me parece que va a seguir, pero empieza a maldecirme, poniéndome de puta negra para arriba. Por fin, él y los demás se van.

En esos primeros días viene a examinarme un médico blanco. Se porta de manera muy amable, es encantador. Me mira despectivo, mientras no deja de mantener una conversación cordial. Me pregunto qué tipo de especialista es pues no lo he visto antes y sé que no es uno de los habituales. Dice que sabe lo mal que me debo sentir y hace muchos aspavientos por el hecho de que me hayan esposado a la cama. No deja de hablar y, en un momento dado,

acerca una silla a la cama. Luego empieza a hacerme pequeñas preguntas amistosas. La conversación va más o menos así:

—Esos tipos de la autopista de peaje son duros. Te ponen una multa en cuanto te meneas. Yo cojo esa carretera a diario. ¿Tú vives en Nueva Jersey? Yo vivo en Newark, ¿lo conoces? Te debes de sentir muy sola aquí. Apuesto a que necesitas a alguien con quien hablar. Yo hice Medicina en Nueva York. Tú eres de ahí, ¿verdad?

Me entran las sospechas y no le digo nada. Le digo que quiero dormirme y se va. Nunca lo volví a ver, pero hasta el día de hoy estoy convencida de que era algún tipo de policía o agente del FBI.

Al tercer o cuarto día, casi todos mis problemas se acaban. Bueno, no del todo, pero la parte de mis problemas que tiene que ver con puñetazos, empujones, golpes, etc. se acaba. Me ayudó una enfermera con acento alemán. Era una de las del turno de mañana, muy profesional y exigente, hasta el punto de que podía ser un coñazo. Pero me salvó la vida. Fue ella la que protestó primero por lo apretado de la esposa que tenía en la pierna, que había empezado a hincharse, y ella insistió en que la aflojaran y en que se cubriera la esposa con gasa. Por supuesto, en cuanto se dio la vuelta la volvieron a apretar, pero la gasa ayudó un poco. Por lo poco que decía y por lo que hacía, me di cuenta de que sabía lo que estaba ocurriendo. Una mañana vino como de costumbre y, cuando terminó su rutina habitual, alcanzó por detrás de la cama, tiró de algo y me pasó un botón eléctrico de llamada unido a un cable.

—Si me necesita a mí o necesita algo de las enfermeras, apriete este botón —me dijo—. No tenga miedo de usarlo —añadió, lanzándome una mirada de complicidad.

Me dieron ganas de besarla. Más tarde, cuando volvió al cuarto, después de que los agentes se dieran cuenta de que yo tenía el botón, uno entró detrás de ella.

—¿No hay forma de desconectar eso? —preguntó—. Puede que le haga daño a alguien o que se haga daño a sí misma.

—No —contestó—, no hay forma de quitarlo. Si se arranca, no hará más que sonar en la zona de las enfermeras. La paciente tiene dificultades para respirar y lo necesita.

«¡De puta madre!», pensé. «Das ist richtig.»<sup>3</sup>

A partir de entonces, en cuanto la policía se me acercaba a un metro de la cama, le daba al botón. Al final acabaron renunciando a la idea de darme una paliza y se contentaron con amenazas y otros tipos de acoso. Les ponía mucho colocarse en la puerta y apuntarme con sus armas. Cada día era mi último día en la tierra. Cada noche era mi última noche. Al cabo, me fui acostumbrando. Me hice inmune. A veces, amartillaban una pistola que yo no sabía que no estaba cargada, soltaban un largo discurso exaltado y apretaban el gatillo. Otras veces me invitaban a jugar a la ruleta rusa. Todos me mostraban un odio brutal. Eran policías estatales y yo estaba acusada de matar a uno de ellos.

Cada día había tres turnos de policías. Cuando se cambiaban, los dos policías saludaban al sargento. Algunos hacían el saludo militar, pero otros saludaban al modo de los nazis en Alemania. Levantaban el brazo ante sí y daban un taconazo. No me lo podía creer. Un día uno de ellos entró en mi cuarto y me soltó un rollo sobre cómo él había combatido en la Segunda Guerra Mundial en el lado equivocado. Seguía y seguía y no me cabía ninguna duda de que creía todo lo que estaba diciendo. Hablaba de lo jodido que está el mundo. De cómo la gente decente no puede caminar por la calle. Decía que si hubiera ganado Hitler, el mundo no estaría tan mal como estaba hoy, que los putos negros como yo, los negros de mierda, no andarían por ahí matando a policías estatales de Nueva Jersey.

Y siguió diciendo que la raza blanca lo había inventado todo porque eran muy inteligentes y trabajaban duro, mientras que las otras razas sólo querían amotinarse y usar el terrorismo para apoderarse de todo lo que a la raza blanca le había costado tanto adquirir. Me costó muchísimo no abrir la boca. Hablaba de imperios, el romano, el griego, el español, el británico. Me dijo que la gente blanca creaba imperios porque eran más civilizados que el resto del mundo. Los blancos crearon el ballet, la ópera y las sinfonías. «¿Has oído alguna vez que algún negro haya escrito una sinfonía?», me preguntó. Cada día me soltaba un discurso sobre

<sup>3</sup> En alemán en el original. (N. de las TT.)

el nazismo. Otras veces se unían otros nazis. Le pregunté si había muchos nazis en la policía estatal, pero simplemente se rió y siguió hablando.

Cuando estaba en el Partido de las Panteras Negras, solíamos llamar a la policía «cerdos fascistas», pero yo les llamaba fascistas no porque creyera que fuesen nazis sino por la forma en que actuaban en nuestras comunidades. Por muchas veces que les hubiera llamado fascistas, me impactó la verdad de mi propia retórica. Luego me enteré de que el cuerpo de la policía estatal de Nueva Jersey fue fundado por un alemán, que los uniformes se habían hecho tomando como modelo algún uniforme alemán (muy similares a los que lleva la policía de Sudáfrica), y que son famosos por parar a los Negros, Hispanos y hombres de pelo largo en el peaje y darles palizas, acosarlos y detenerlos.

Los nazis encabezaban la campaña de acoso contra mí. Escupían en mi comida y bajaban el termostato de la habitación hasta que me moría de frío. Durante un tiempo su campaña se centró en impedirme dormir. No hacían más que dar golpes en el suelo con los pies, cantar durante toda la noche, jugar con sus armas, gritar, etc. Yo se lo contaba a las enfermeras, pero no sirvió de nada.

Yo podía encajar todo lo que me hacían, pero ¿durante cuánto tiempo podría prolongarse aquello? No había tenido noticias del mundo exterior, y ni siquiera sabía si alguien estaba al corriente de dónde estaba o de si estaba viva o muerta. Me sentía mejor del pecho, pero seguía teniendo muchas dificultades para respirar. Me parecía que ya no necesitaba cirugía, pero no estaba segura de si era por los analgésicos que me habían dado o porque de verdad me estaba poniendo mejor.

Cada día les pedía que llamaran a mi abogado y cada día me decían que lo habían intentado pero que no contestaba nadie. Sabía que era mentira, porque Evelyn tenía un contestador. Cada día les pedía que llamaran a mi familia. La respuesta a esto era normalmente obscena.

—Ah, así que tienes familia, ¿no? ¿Y tu madre es una puta negra como tú? En este hospital no aceptamos negritos de mierda.

Y seguían insultándome y diciendo cosas de mi familia hasta que encontraban otra cosa con la que distraerse. Quienquiera que

dijese que la falta de noticias es una buena noticia tenía que estar como una cabra.

Bueno, hubo noticias, pero no eran buenas. Me contaron que habían detenido a Sundiata. Al principio no les creí, pero se les veía tan desenvueltos y arrogantes que me di cuenta de que había pasado algo.

—Tenemos a tu amigo —me dijeron—, y está cantando como un pajarito. Sí, sí, está cantando como un pájaro y te está echando toda la culpa a ti. Menos mal que no sabía de qué color llevas las bragas, porque si no nos hubiera contado hasta eso. Ya sabemos de dónde veníais. Ya sabemos a dónde ibais. Ya sabemos que os parasteis en una cafetería Howard Johnson. Hasta nos ha contado lo que pedisteis y que a ti te encantan las patatas fritas.

«¿Cómo?», pensé. «¿Cómo han podido enterarse de eso?» Luego me acordé de que habíamos comprado patatas fritas en un Howard Johnson en el peaje. A lo mejor alguien me vio y se acordaba.

—Sí. Clark Squire nos ha contado que cogiste la pistola del agente y le pegaste un tiro en la cabeza. Pero claro, tú no harías una cosa así, ¿a que no? Bueno, JoAnne, estás metida en un buen lío. Si yo fuera tú, no dejaría que se saliera con la suya. Es una cosa muy baja, echarle todas las culpas a una mujer. Te propongo un trato. Tú nos cuentas todo lo que pasó y te prometo que te trataremos con indulgencia. Es sólo que no me gustaría verte metida en un asunto tan chungo, eso es todo. Ya sabes, tal como están las cosas, tienes por delante un mogollón de tiempo en la cárcel, si él testifica contra ti. Podría caerte cadena perpetua o hasta la silla eléctrica, pero todo lo que tienes que hacer es contarnos lo que pasó y nosotros nos ocuparemos de que no te caigan más de dos años y que luego te puedas ir a tu casa. Eres joven. No querrás pudrirte toda tu vida en la cárcel, ¿no? A lo mejor piensas que le debes algo a la causa. ¿Crees que él está pensando en la causa en este momento? No, no, está cantando de lo lindo, cargándote a ti con el mochuelo. Son todos iguales. Todos hablan de todo ese rollo sobre los Negros, que si igualdad de derechos, que si derechos civiles, pero a la hora de la verdad, lo único que les importa es su propio pellejo. Y en este momento él está pensando en su

pellejo, así que más te vale que tú pienses en el tuyo. ¿Te crees que le importas una mierda a la causa? A tu propia gente no le importas un pimiento. Para ellos no eres más que una delincuente común. Mira que te estoy dando esta única oportunidad para confesar y salvarte y, si no la aprovechas, es que eres tonta.

Ellos de verdad creían que la gente Negra era gilipollas. Esas bolas que contaban tenían que ser las más antiguas del libro. Allí estaba el tipo como si supiera que su pequeño rollito sensiblero había funcionado. Yo no decía nada. Si no les dices nada, no tienen nada que usar contra ti. Su lema siempre ha sido «Divide y vencerás».

Cuando se dieron cuenta de que yo no iba a abrir la boca, hicieron ademán de irse. Entonces uno se volvió.

—Ah —dijo—. Casi se me olvida leerte tus derechos —sacó una tarjetita y la fue leyendo—. Tienes derecho a permanecer en silencio... Tienes derecho a... etc. No querría que dijeras que no te habíamos leído tus derechos.

Jueves por la tarde. Me dejan hacer una llamada. No me lo puedo creer. Llamo a mi tía. No está. Me sale el contestador. No sé a quién más llamar. Los únicos abogados cuyos nombres conozco trabajaron en «el caso de las 21 Panteras». Los llamo al azar. No están, pero las secretarías prometen darles los mensajes. Me desilusiono, pero me siento mucho mejor que antes. Las cosas van mejor.

Es viernes. Por el movimiento en la habitación de al lado, me doy cuenta de que pasa algo. Voces y susurros. Van y vienen, entran y salen, colocan una cosa, mueven otra. Se oye todo el rato la radio de la policía. ¿Qué pasará? Sea lo que sea, no puede ser muy malo, me da. Me dejan sola. Poco después entra una mujer policía, lleva un uniforme marrón y su placa dice: «Departamento del Sheriff».

Es negra o hispana, no lo sé exactamente, pero no es blanca. Luego entran más policías, vestidos con uniformes similares al suyo. Y más policías. Son agentes de la policía estatal. Uno de ellos se desplaza hasta la puerta y se cuadra. En ese momento entran varios hombres de traje. Y tras ellos, otro hombre con una máquina estenográfica.

—El Honorable Joseph F. Bradshaw, juez del Estado de Nueva Jersey, condado de Middlesex. Todos en pie.

Y en ese momento entra un juez con su ropón negro. Uno de los hombres de traje lee los cargos contra mí:

—Nos encontramos hoy aquí para la lectura del acta de acusación por los cargos que se le imputan por todo lo relacionado con el intercambio de disparos del día 2 de mayo de 1973. Le voy a leer los cargos contra usted y le dejaré copia de los mismos. Luego el juez le asesorará sobre la comparecencia y los derechos que le asisten...

»... se la acusa por la Denuncia número 119977, presentada por el detective Taranto, de la Policía Estatal de Nueva Jersey, por la cual el 2 de mayo de 1973, en el término municipal de la ciudad de East Brunswick, condado de Middlesex, se afirma que usted se resistió a un arresto legítimo que llevaba a cabo el agente de la policía estatal James Harper, disparó un arma de fuego peligrosa e hirió al mencionado agente, para a continuación huir de la escena del incidente, lo que viola la ley estatal N.J.S. 2A:85-1.

»Se la acusa también... por la Denuncia número S 119979, presentada por el sargento detective Taranto de la Policía Estatal de Nueva Jersey, quien alega que el 2 de mayo de 1973, en el término de la ciudad de East Brunswick, condado de Middlesex, usted cometió una agresión con lesiones contra el agente de la policía estatal de Nueva Jersey James Harper al dispararle, herirle y dejarle lisiado con un arma de fuego disparada en aquel momento y lugar por la acusada, en violación de la ley estatal N.J.S. 2A:90-1.

»Sobre el segundo cargo, el susodicho agente alega que la acusada JoAnne Deborah Chesimard, en el lugar y fecha mencionados más arriba, acosó al mencionado James Harper con intención de asesinarlo por medio del uso de una pistola en posesión de la acusada en ese momento y lugar, todo lo cual viola la ley estatal N.J.S. 2A:90-2.

»Otra acusación en el tercer cargo es que la mencionada acusada en el lugar y fecha ya mencionados cometió una agresión con lesiones contra un agente de la ley, a saber, James Harper, un agente jurado de la Policía Estatal de Nueva Jersey, contra el que

disparó un arma de fuego y al que hirió, todo lo cual se halla en violación de la ley estatal N.J.S. 2A:90-4.

Por la S 119980 se le acusa de cometer el delito de homicidio con premeditación y alevosía al disparar y asesinar al agente del cuerpo de la Policía Estatal de Nueva Jersey Werner Foerster, todo lo cual viola las leyes estatales N.J.S. 2A:113-1 y N.J.S. 2A:85-14.

Se la acusa además por la Denuncia S 119981 presentada por el agente de la Policía Estatal, sargento Taranto, de que en el día 2 de mayo de 1973, en la ciudad de East Brunswick, condado de Middlesex, causó o tuvo que ver con el asesinato con alevosía de James Coston, alias Zayd Shakur, al resistirse o tratar de evitar un arresto legítimo en ese momento y lugar que iba a ser efectuado por el agente de la estatal de Nueva Jersey James Harper, todo lo cual contraviene la ley Estatal N.J.S. 2A:113-2.

Se la acusa por la Denuncia S 119982, presentada por el sargento de la Policía Estatal Louis Taranto, de que en el día 2 de mayo de 1973, en la ciudad de East Brunswick, condado de Middlesex, usted se hallaba en posesión de armas ilegales, en concreto una pistola automática marca Browning de 9 milímetros, una automática Browning de calibre .380, una pistola automática marca Llama calibre .38, número de serie 24831, todas sin haber obtenido el necesario permiso para llevarlas, en violación de la ley estatal N.J.S. 2A: 151-41 (a)...

Se la acusa además por la Denuncia S 119983, por la cual el sargento detective Taranto declaró que el 2 de mayo de 1973, en la ciudad de East Brunswick, condado de Middlesex, usted arrebató por la fuerza al agente de la Policía Estatal de Nueva Jersey Werner Foerster un revólver calibre .38 usando violencia, es decir, disparando y matando a dicho agente, lo que viola la ley estatal N.J.S. 2A: 141-1.

El segundo cargo de dicha Denuncia la acusa de cometer dicho acto mientras iba armada, en violación de la ley estatal N.J.S. 2A: 151-5.

... Se la acusa por el sargento detective Taranto de la Policía Estatal, en la Denuncia S 119984, en la cual se afirma que el día 2 de mayo de 1973, en la ciudad de East Brunswick, en el condado de Middlesex, usted de forma ilegal e ilícita conspiró con James



Coston, alias Zayd Shakur, y otro hombre de identidad desconocida, para cometer el crimen del asesinato del mencionado agente Werner Foerster, y que para llevar a cabo dicha conspiración ejecutó las siguientes acciones:

1. Que la mencionada acusada, Joanne Deborah Chesimard, tenía en su posesión una pistola con la que llevar a cabo los fines de la conspiración en el tiempo arriba mencionado... y en el lugar arriba mencionado.

2. La acusada arriba mencionada, JoAnne Deborah Chesimard, de acuerdo con los arriba mencionados y en contubernio con ellos, atacó al agente James Harper y por otro lado descargó su arma sobre el mencionado agente James Harper con el intento de llevar a cabo los fines de la conspiración, hiriéndolo, mutilándolo o matándolo, todo lo cual viola las leyes estatales N.J.S. 2A:98-1 y N.J.S. 2A: 113-1.»

Me da la sensación de que no va a parar jamás. La mitad de los cargos ni siquiera los entiendo. Interrumpo el procedimiento judicial:

—No tengo un abogado que me acompañe —protesto—. Me gustaría disponer de un representante legal.

Me ignoran y siguen leyendo.

—¿Cómo se declara? —me preguntan.

—Me gustaría contar con un abogado. ¿No tengo derecho a la defensa?

—Eso no será necesario —afirma el juez con frialdad—. Escriba que la acusada se declara no culpable.

Y tan rápido como han entrado, la procesión se va.

Más tarde vuelve la misma mujer policía. Se mantiene rígidamente contra la pared. Su rostro es una máscara. «Vaya», pienso, «¿otro tribunal? ¿Qué van a hacer, condenarme sin un juicio justo aquí y ahora?». Me imagino que me juzgan ahí en la cama sin abogado.

Se abre la puerta. Es Evelyn, mi abogada y mi tía. Es la visión más bella del mundo. Me abraza y se sienta junto a mí. Como de costumbre, va al grano.

—Sólo tengo cinco minutos. Me dijeron que no podía verte. He tenido que acudir a un juez y conseguir una orden judicial para poder visitarte. El juez sólo nos ha concedido cinco minutos por cabeza. Tu madre y tu hermana están fuera. Así que habla rápido.

Alzamos la vista. Los policías están prácticamente encima de nosotras.

—Me gustaría hablar en privado con mi cliente —dice Evelyn—. ¿Les importaría apartarse? Esto es inadmisibile. Esto es una consulta entre abogado y cliente y según la Constitución tenemos derecho a la privacidad.

Los policías se apartan unos centímetros. Le cuento a Evelyn sobre el juicio de opereta de por la mañana. Mi boca se mueve tan rápido que parece una de aquellas películas antiguas, sólo que con voz. Por la expresión de su cara, me doy cuenta de que tengo un aspecto horrible.

—¿Cómo te tratan? —me pregunta.

No me da tiempo a contárselo todo, pero tengo que ponerla al día de lo que pasa. No sé qué más van a hacerme. Tengo que intentar que alguien les presione para que dejen de hacerlo. Le cuento una parte, pero lo peor no puedo decírselo. Tiene una expresión de gran pesadumbre y con cada cosa que le cuento, le tiemblan las manos.

—Intenta hacer lo que puedas —le digo.

—Se ha acabado el tiempo. Se ha acabado el tiempo, señorita. Evelyn intenta protestar pero no sirve.

—Tengo que hablar con mi cliente. No me han dado tiempo suficiente.

—Lo siento, señorita. ¡Se ha acabado el tiempo!

Se le van acercando como si fueran a darle una paliza.

Y luego, se va. Me preparo para ver a mi madre y a mi hermana. Hace tanto tiempo que no las veo. No sé qué esperar.

Entra mi madre. Parece preocupada pero fuerte. Me besa.

—Me siento orgullosa de ti —dice.

Sus palabras me envuelven, tejiendo una cálida colcha de amor. Me siento tan contenta que casi no puedo contenerme. Mi madre está orgullosa de mí. Me ama y está orgullosa de mí.

Demasiado pronto se acaba el tiempo con mi madre. Entra mi hermana. Lleva el pelo recogido en un turbante y está muy pálida. En cuanto me ve, se pone a llorar. Le caen las lágrimas por las mejillas ya hinchadas. Me doy cuenta de que ha llorado mucho.

—Te quiero —dice simplemente.

No hablamos mucho, pero en esos pocos minutos me siento muy cercana a ella.

—El tiempo se ha acabado.

Otra vez. Y entonces se va.

Me quedo ahí tumbada, llena de emoción. Todo esto es tan duro para mi familia. Están conmocionadas y tienen un aspecto vulnerable. Posiblemente esto es más duro para ellas que para mí. Ojalá pudiera hacer algo para hacerlas felices.

Dos enfermeras Negras fueron muy amables conmigo. Cuando estaban de turno, se esforzaban mucho por asegurarse de que yo estaba bien. Hacían muchas visitas a mi habitación, por lo que les estuve especialmente agradecida en aquellos primeros días.

—Si necesitas algo, toca el timbre —me decían con complicidad.

Una noche una de las enfermeras vino y me dio tres libros. Yo ni siquiera había pensado en leer. Aquellos libros fueron un regalo de Dios. Estaban muy bien elegidos. Uno era un libro de poesía Negra, otro se titulaba *Mujeres Negras en la América Blanca*, y el tercero era una novela, *Siddharta*, de Hermann Hesse. Cuando me cansaba del abuso verbal de mis captores, lo acallaba leyendo poesía en voz alta. «Invictus» y «Si debemos morir» eran los poemas que leía normalmente. Los leía una y otra vez, hasta estar segura de que los policías habían escuchado cada una de las palabras. Esos poemas eran mi mensaje para ellos.

Cuando leí el libro sobre las Mujeres Negras, sentí el espíritu de todas aquellas hermanas que me nutría, que me hacía más fuerte. Las mujeres Negras llevan desde el comienzo de los tiempos luchando y ayudándose unas a otras a sobrevivir a los embates de la vida. Y cuando leía *Siddharta*, me llenaba de paz. Me sentía en comunión con todas las cosas vivas. El mundo, a pesar de la opresión, es un lugar bello. Muy suavemente decía «Om» para mí misma, dejando que mis labios vibraran. Sentía los pájaros, el sol

y los árboles. Me sentía unida a todas las fuerzas de la tierra que aman de verdad a las personas, en comunión con todas las fuerzas revolucionarias del planeta.

Definitivamente me estaba poniendo mejor. Incluso me quitaban las esposas de vez en cuando para que pudiera ir al baño dando saltitos, con ayuda de una enfermera. Aún me sentía muy débil y, cuando volvía, caía sobre la cama como si acabara de realizar la mayor de las hazañas físicas. Pero al menos en ese momento sabía lo que me pasaba. Durante aquellos primeros días, apenas podía preguntar y, cuando lo hacía, actuaban como si mi estado fuera una información de alto secreto a la cual no tuviera derecho a acceder. Había recibido tres disparos. Tenía una bala en el pecho (aún sigue ahí), un pulmón herido y encharcado, una clavícula rota y un brazo paralizado con un daño aún no determinado en los nervios. No hacía más que preguntar si podría volver a usar la mano. Uno o dos médicos dijeron claramente: «No» Los otros dijeron: «Puede que sí, puede que no».

De una forma o de otra, iba a sobrevivir.

## Historia

*Tú moriste*

*Yo lloré.*

*Y seguí poniéndome de pie.*

*Un poco más despacio.*

*Y de forma mucho más letal.*

**E**l FBI no puede encontrar ninguna prueba de que yo nací. En el pasquín de Búsqueda y Captura, ponen como fecha de nacimiento el 16 de julio de 1947 y, entre paréntesis, «No consta partida de nacimiento».

Bueno, pues yo nací. Soy la mayor de dos hermanas. Mi hermana, Beverly, nació cinco años después. El nombre que mi mamá me puso es JoAnne Deborah Byron. Me contaron que era un bebé gordito y alegre y que ya hacía frases completas cuando tenía unos nueve meses. Me dijeron que era perezosa, eso sí, que aprendí a hablar bastante antes de aprender a andar. Todo el mundo dice que llevaba el horario cambiado y que les tenía a todos levantados toda la noche (sigo siendo un búho nocturno). La única anécdota que recuerdo de mi primera infancia es que me ponía a llorar como una descosida en cuanto se me acercaba alguien que llevara pieles o plumas, aún ahora no me gustan demasiado ninguna de las dos cosas.

Mis padres se divorciaron poco después de que yo naciera. Yo vivía con mi madre, mi tía (llamada actualmente Evelyn Williams), mi abuela (Lulu Hill) y mi abuelo (Frank Hill) en una casa en la zona de Bricktown en Jamaica, Nueva York. Lo único que recuerdo de aquellas casas es el patio trasero, que me encantaba, y el enorme perro de la casa de al lado. Me acuerdo de él porque me daba un miedo horrible. A mis ojos de niña parecía un gigante, la versión canina de King Kong o del boxeador convertido en cantante de blues Mighty Joe Young (los perros siguen sin hacerme mucha gracia). Cuando tenía tres años, mis abuelos vendieron la casa y se trasladaron al Sur. Yo me fui con ellos.

Nos instalamos en una casa grande de madera en la calle Seventh, en Wilmington, Carolina del Norte. Era la casa donde

había crecido mi abuelo. Tenía un porche todo alrededor, con un gran columpio verde y, por supuesto, rosales en la parte delantera del patio y una pacana en la trasera. Al principio, mi abuelo pensaba que la casa pertenecía a mi bisabuelo, Pappa Linc (abreviatura de Lincoln), pero luego se enteraron de que sólo se le había concedido su uso de por vida. Pappa Linc había trabajado de chófer para una de las familias más prominentes de la ciudad y, según se decía, era un miembro destacado de la comunidad Negra. Junto con mi bisabuela, Momma Jessie, habían trabajado toda su vida, habían criado a once hijos en aquella casa y al morir creían que la casa les pertenecía. La letra pequeña y los abogados blancos saben cómo arrebatar a la gente Negra lo que es suyo. Mis abuelos se vieron obligados a comprar la casa de nuevo.

—¿Quién es mejor que tú?

—Nadie.

—¿Qué?

—¡Nadie!

—¡Levanta esa cabeza!

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí, abuelita.

—Quiero que vayas siempre con la cabeza bien alta y que nadie te haga de menos, ¿entendido?

—Sí, abuelita.

—Y que no me entere yo de que alguien se ha aprovechado de mi nieta.

—No, abuelita.

—No quiero oír que nadie te ha engañado, ¿me oyes?

—Sí, te oigo.

—¿Sí, qué?

—Sí, abuelita.

Toda mi familia se esforzaba por inculcarme un sentido de dignidad personal, pero mis abuelos en esto eran verdaderos fanáticos. Una y otra vez me decían: «Tú vales tanto como cualquiera. No dejes que nadie te diga que son mejores que tú». Mis abuelos me prohibieron estrictamente que contestara «Sí, señora» y «Sí, señor», o que me mirara los zapatos e hiciera gestos serviles

al hablar con los blancos. «Cuando hables con ellos, les miras a los ojos», me decían. «Y habla en voz alta para demostrar que no eres tonta». Se me decía que hablara con voz alta y clara y que llevara siempre la cabeza bien alta si no quería que mis abuelos me la quitaran de un golpe.

A mis abuelos les importaba mucho el respeto. Yo tenía que ser educada y mostrar respeto a los adultos, dar los buenos días y las buenas noches al pasar por la casa de los vecinos. Nada de contestar o de ser una descarada. Mis abuelos ni siquiera me permitían que respondiera a las preguntas con un simple «Sí» o «No», sino que tenía que decir «Sí, abuela» o «No, abuelo». Pero cuando se trataba de hablar con blancos en el Sur de la segregación, mi abuela me decía con tono amenazador: «No respetes a nadie que no te respete, ¿me oyes?». «Sí, abuela», respondía yo, casi en un susurro. «¡Habla más alto!», me repetía una y otra vez, algo que estaba empeñada en que yo hiciera. Me mandaba a la tienda con instrucciones claras de lo que tenía que comprar. Bajo ninguna circunstancia podía volver a casa con productos de calidad inferior, lo que sucedía con demasiada frecuencia a las personas Negras en el Sur. «Les dices que no quieres nada de basura, y más vale que no vuelvas con nada de eso», me advertía. Si el tendero me vendía algo que a mi abuela no le gustaba, me tocaba volver y conseguir que me lo cambiaran o que me devolvieran el dinero. «Habla con voz alta y clara. No hagas que tenga que ir yo.» Muerta de miedo por el escándalo que podía montar mi abuela si tenía que ir ella a la tienda, yo corría de vuelta, preparada para montar un buen cristo.

Siempre que mi abuela oía que alguien había sufrido maltrato, en especial si era un hombre el que maltrataba a una mujer, me miraba con ferocidad y me decía: «Y no dejes que nadie te trate mal, ¿te enteras? No te estamos educando para que nadie abuse de ti. No quiero que permitas que nadie te humille, ¿me entiendes?». «Sí, abuela» contestaba yo, por lo que me parecía la millonésima vez, preguntándome por qué a mi abuela le gustaba tanto repetirse. Las tácticas que usaban mis abuelos eran rudimentarias, y yo odiaba que lo repitieran todo tan a menudo. Pero las lecciones que me enseñaron, mucho más que cualquier otra cosa en la

vida, fueron las que me ayudaron a lidiar con las cosas a las que tendría que enfrentarme al crecer en América.<sup>4</sup>

Pero muchas veces, para mis abuelos, el orgullo y la dignidad estaban ligados a cosas como la posición y el dinero. Para ellos, ser «tan bueno como» los blancos significaba tener lo que tenían los blancos. Me decían que fuera a la escuela y estudiara, para que pudiera tener una buena casa y buenas ropas y un buen coche. «Los blancos no quieren que tengamos nada», me decían. «Por eso es por lo que tienes que adquirir una educación, para que puedas ser alguien y tener algo en la vida.» Ser «alguien» en la vida no significaba mucho para mí. Yo quería ser feliz, sentirme bien.

Mi conciencia de las diferencias de clase en la comunidad Negra empezó a temprana edad. Aunque mi abuela me enseñó más que nadie sobre la fuerza y el orgullo, tenía muchas ideas del tipo de Booker T. Washington, era partidaria de que la gente saliera adelante cada uno por sus propios medios, lo que se expresaba en la frase «el diez por ciento con talento». Ella trabajaba duro y se ganaba la vida decentemente trabajando a destajo en una fábrica, pero para mí deseaba otra cosa. Estaba empeñada en que yo me convirtiera en una de ese diez por ciento de la población Negra, de los privilegiados, parte de la llamada burguesía Negra.

Uno de sus primeros pasos en esa dirección fue prohibirme firmemente que jugara con las «ratas callejeras». Me era imposible obedecerla pues no tenía ni idea de lo que era eso. A menudo yo me convertía en el objetivo involuntario de su furia, acusada del delito de jugar con ratas callejeras. Mi abuela, retorciéndose de furia, me amenazaba con castigos sin cuento si seguía por ese camino. Recibía órdenes estrictas de abandonar mi afición a las ratas y de jugar con «niños decentes». Pero nunca podíamos ponernos de acuerdo en quiénes eran los «niños decentes». Para mi abuela, los niños decentes eran algo muy distinto.

<sup>4</sup> Como se ha comentado en la nota 2, Assata Shakur usa las mayúsculas de un modo muy personal, que ha sido conservado en la traducción al castellano. De ahí que ciertos términos geográficos aparezcan con minúscula, en tanto que ciertos adjetivos aparecen con mayúscula. En el caso de esta palabra, lo único que se ha hecho ha sido españolizarla añadiendo la tilde. Además, éste y otros términos que contienen C aparecen con K. (N. de las TT.)

Los «niños decentes» venían de «familias decentes». ¿Cómo se sabía lo que era una familia decente? Una familia decente vivía en una casa decente. ¿Cómo se sabía lo que era una casa decente? Una casa decente estaba arreglada y tenía una acera delante. Las familias decentes no dejaban que sus hijos jugaran en la calle sin zapatos y no permitían que sus hijos usaran formas dialectales como «ain't». Poco sabía mi abuela que ésa era mi palabra favorita en cuanto me alejaba lo suficiente para que ella no pudiera oírme. Resulta que tenía una rata callejera bajo su techo y ni siquiera lo sabía. Supuestamente, las ratas callejeras vivían en callejones, en casuchas destartadas, pero mi abuela a menudo llamaba rata callejera a uno de mis amigos aunque no viviera en un callejón.

Diligentemente, para ver si me entraba un poco de seso, me llevaba a visitar a «niños decentes». Esas pequeñas almas decentes eran invariablemente los vástagos de los médicos, abogados, predicadores y empresarios de pompas fúnebres Negros de Wilmington. Los maestros de escuela, dueños de barberías y el editor del periódico «de color» también eran decentes. En casi todas esas pequeñas sesiones de juego «decentes», los otros niños y yo nos quedábamos mirándonos los unos a los otros, incómodos. A veces nos metíamos en el juego y lo pasábamos bien. Pero la mayor parte de las veces nos quedábamos mirándonos los unos a los otros o nos poníamos a «presumir»: los niños me enseñaban sus juguetes y demás, mientras los adultos mostraban su asombro con muchas exclamaciones. Lo peor era comer en la casa del predicador, donde se tiraban una hora rezando, o jugar a la pelota con la hija del de la funeraria. Siempre quería jugar a eso y a mí me daba un miedo de muerte que el balón se fuera a donde tenían a los difuntos o que acabara en la boca de algún cadáver. A mi abuela le hubiera dado un patatús si hubiera sabido que el juego favorito de uno de los niños decentes consistía en enseñar su pilila, y presumir de ella mientras amenazaba con mearse encima de todos.

Después de estas visitas, mi abuela se pasaba una semana pian-do alegremente sobre lo lindos que eran mis pequeños amigos decentes y sobre lo bien que habíamos jugado juntos, mientras yo rezongaba en silencio y mantenía un gesto en la cara muy cercano a la insolencia. Mi abuela y yo librábamos una batalla que estuvo

en punto muerto prácticamente hasta que me convertí en adulta. No era que yo quisiera desafiarla, era que yo sabía quién me caía bien. No me importaba el tipo de casa que tuvieran mis amigos o si vivían en un callejón o no. Todo lo que importaba era si me gustaban. Estaba convencida entonces, y sigo estándolo, de que para algunas cosas los niños tienen mucho más sentido común que los adultos.

Pero, para mi joven mente, la vida en Wilmington era excitante. Siempre había sitios nuevos a los que ir, y nuevos primos, tías y tíos a los que conocer. Uno de mis parientes favoritos era la Tía Lou. Era la hermana de Momma Jessie y vivía al otro lado de la ciudad. Era la única familia que le quedaba a mi abuelo allí, pues los otros se habían ido al Norte o al Oeste. La Tía Lou tenía una casa mágica, llena de todo tipo de sabores, texturas, olores y cosas. En aquella casa había mundos enteros que explorar. Siempre me daba algo rico de comer y luego me dejaba suelta.

Hasta que fui mayor no me enteré de que la Tía Lou había tenido un hijo. Se llamaba Tío Willie y murió antes de que yo naciera. Fue una especie de leyenda en la ciudad durante los años veinte, treinta y cuarenta del siglo xx. Siempre que llegaba, dicen, la Tía Lou le rogaba y gemía y no dejaba de preocuparse hasta que él volvía a territorio más seguro en el Norte. Dicen que quitaba los carteles de «para personas de color» y «sólo para blancos» y que violaba las leyes de segregación racial Jim Crow a capricho. Iba por ahí exigiendo sus derechos y denunciando la opresión que sufría la gente Negra, y lógicamente nadie que le amara se sentía cómodo hasta que se iba bien lejos. Le llamaban «Willie el Salvaje» o «ese indio loco» (se supone que era Negro y Cheroqui), pero la gente le llamaba eso por su carácter. Decían que tenía muchos amigos y que murió de causas naturales.

El resto de los parientes que conocí procedía del lado de mi abuela. Su familia vivía en Seabreeze, en las afueras de Wilmington, cerca de la playa de Carolina Beach. Su apellido era Freeman, y tenían fama de ser excitables, de genio vivo y muy emotivos. Rara vez trabajaban por cuenta ajena, preferían vivir en la tierra que les había dejado su padre. Trabajaban como agricultores y pescadores y tenían pequeños negocios. También he oído decir

que andaban en el negocio del whisky ilegal. El padre de mi abuela era un Indio Cheroqui. Murió cuando ella era muy pequeña. Nadie sabe mucho sobre él, excepto que de alguna manera se hizo con mucha tierra que dejó a sus hijos. Esa tierra era muy valiosa porque una gran parte daba al río o al océano. Cada uno tenía una teoría diferente sobre lo que el bisabuelo había hecho para hacerse con ella. Pero fue por esa tierra por lo que mis abuelos se habían trasladado al sur.

En 1950, el año que nos fuimos a Wilmington, el Sur estaba totalmente segregado. La gente Negra tenía prohibido ir a muchos sitios, y eso incluía la playa. A veces recorrían todo el trayecto hasta Carolina del Sur sólo para ver el mar. Mis abuelos decidieron abrir un negocio en su tierra. Consistía en un restaurante, cabinas donde la gente se podía cambiar de ropa y una zona para bailar y pasar el rato.

El nombre popular de la playa era Bop City, aunque mis abuelos insistían en llamarla la Playa de Freeman. A lo largo de mi infancia, ese apellido no tuvo mayor significado. Era como cualquier otro. No fue hasta que me hice mayor y empecé a leer historia Negra cuando me di cuenta de su importancia. Después de la esclavitud, muchas personas Negras se negaron a usar los apellidos de sus amos y prefirieron llamarse Freeman, que significa literalmente «hombre libre». Ese nombre lo usaron también Africanos que fueron liberados antes de que la esclavitud fuera abolida «oficialmente», pero fue sobre todo después de la abolición del sistema en el que los esclavos eran una mercancía más cuando mucha gente Negra se cambió el apellido a Freeman. Cuando me enteré de esto, empecé a ver a mis antepasados con otros ojos.

Para mí la playa era un sitio maravilloso, y hasta el día de hoy no hay un sitio en esta tierra que ame más. Nunca he visto una playa más bonita de como era entonces, antes de que decidieran construir un canal justo por la propiedad de mis abuelos. Hoy en día apenas es una pálida sombra de lo que fue, pues casi todo ha sido destruido por la erosión. Pero por aquel entonces había majestuosas dunas de arena cubiertas por alta hierba marina donde mis primos y yo construíamos castillos, casas y a veces ciudades. Cuando el tiempo lo permitía, pasábamos horas escondiéndonos

y atacándonos por sorpresa unos a otros. La arena era fina y estaba limpia, y al comienzo del verano podíamos encontrar todo tipo de conchas imaginable. Cuando hacía demasiado calor, nos sentábamos en el viejo *jeep* azul que conducía mi abuelo y jugábamos con cosas como muñecas de papel y tacitas de té. Cuando aprendí a leer, me sentaba al sol, con alguno de los enormes sombreros que mi abuela me hacía llevar siempre y leía un libro tras otro.

Cada dos semanas mi abuelo iba a la biblioteca «de color» en la calle Red Cross y la bibliotecaria le daba diez libros o así para mí. En cuanto los terminaba, el abuelo regresaba a por otro lote. Tenía una imaginación muy viva. Me sentaba frente al océano y mis pensamientos se perdían en historias que giraban en torno a piratas y a los gemelos Bobbsey (personajes de novelas infantiles muy populares durante casi todo el siglo xx). Soñaba con todos los lugares al otro lado del mar sobre los que había leído, y me preguntaba si los llegaría a conocer algún día. Y por supuesto, soñaba despierta sobre todo tipo de cosas, la mayoría tontas.

Pero no pasaba los días sólo soñando. Mis abuelos creían firmemente en el trabajo. Ellos habían trabajado toda su vida y para nada iban a tolerar a ningún haragán a su alrededor. Cada día había tareas que hacer y no se jugaba hasta que estuvieran hechas. Yo me ocupaba de cosas como colocar las bolsas de patatas fritas en los expositores, reponer refrescos en la nevera, limpiar las mesas, etc. Cuando había clientes, yo vendía las cosas pequeñas, patatas, galletas, encurtidos y manitas de cerdo en vinagre. También ponía las mesas y les llevaba a los clientes lo que necesitaran. Pero mi tarea principal era cobrar cincuenta centavos por aparcar. Como no había carretera hasta nuestra playa porque el tramo pavimentado terminaba en la parte de los blancos, mis abuelos tuvieron que pagar para construir sobre la arena una pista y un aparcamiento de tierra. Se trajeron camiones de tierra y una apisonadora la igualó hasta que tuvo la consistencia suficiente para poder pisar encima. Esto fue un proceso caro, por lo que mis abuelos decidieron cobrar cincuenta céntimos por el aparcamiento. Yo sabía contar y entender el cambio desde una edad muy temprana, así que me tocaba a mí cobrar los cincuenta céntimos. Durante la semana no me llevaba demasiado

tiempo, pero los fines de semana, si hacía bueno, tenía que estar todo el día.

Llegaban coches y autobuses de las dos Carolinas y de Virginia. Había grupos parroquiales, escolares, de clubs sociales, clubs femeninos, de *boy scouts* y *girl scouts*. A la playa venía todo tipo de gente, algunos con un poco de dinero y otros que se notaba que eran pobres de verdad. En todos los años que pasé en aquella playa, solo una o dos personas me fastidiaron. Casi todos me trataron muy bien, como si fuera hija suya.

La gente que venía a la playa me fascinaba. Me encantaba verlos ir y venir. Al poco, ya reconocía a los clientes fijos y no me llevó mucho aprenderme sus nombres. Algunos me daban propinas, que normalmente me gastaba en la rocola. Había muchas parejas, y yo pasaba parte del tiempo espiándolos en el aparcamiento, pero no eran muy interesantes. Todo lo que hacían era retorcerse mucho. Era mucho mejor comprobar las matrículas (podía reconocer las de casi todos los estados sólo con verlas) y coleccionar bichos (tenía una colección enorme). Pero lo mejor era observar a las familias que venían de picnic con su pollo frito, sandía y ensalada de patata. A algunos se les veía tan felices que se notaba que no tenían muchas oportunidades de disfrutar así. Y yo siempre estaba al loro, a la búsqueda de niños con los que jugar cuando no tenía nada que hacer.

Luego estaban los vividores. Sus coches olían a whisky. Bailaban un montón, comían un montón, se gastaban un montón en la máquina de discos y muchas veces me preguntaba si llegarían bien a casa.

A la playa venía mucha gente pobre. A veces la parte inferior de sus deshechos coches o camionetas estaba que se caía a pedazos. Normalmente venían con un montón de niños y no tenían trajes de baño. Nadaban con la ropa que llevaban puesta, y la mitad del tiempo los niños pequeños iban desnudos. Y luego estaban los que venían para darse aires, normalmente por la noche, todos encopetados, para cenar.

Muchos decían «No puedo soportar el sol», «Ya soy bastante Negro, yo no me pongo al sol». Era increíble la cantidad de gente que decía que ya eran demasiado Negros. Los mirábamos como

si estuvieran locos, porque a nosotros nos encantaba el sol. Pero las sombrillas de alquiler nos las quitaban de las manos. Alguna gente incluso ponía ropa y mantas alrededor para que no se colase ni un rayito. Una señora se colocaba siempre una bolsa de papel en la cabeza y le hacía unos agujeros para los ojos. Algunas mujeres no se acercaban al agua porque les daba miedo que el pelo se les pusiera «hecho un horror».

Una de las cosas que me conmovía era cuando alguien veía el mar por primera vez. Era asombroso contemplarlo. Se quedaban allí, sobrecogidos, como si se hubieran encontrado cara a cara con Dios o con la inmensidad del universo. Una vez me acuerdo que un predicador llevó a la playa a una señora mayor. Era la persona más vieja que yo había visto en mi vida. Dijo que sólo quería ver el mar antes de morir. Se quedó quieta en un sitio durante tanto rato que parecía que estaba en trance. Luego, con ayuda del predicador, se dio una vuelta caminando con dificultad, cogió algunas conchas de las normalitas y las puso en su pañuelo como si fueran los objetos más preciados del mundo.

Me encantaba comer (aún me encanta), por lo que la playa me iba estupendamente. Aún ahora, cuando me acuerdo de aquellas cenas a base de frituras de pollo y de pescado, se me hace la boca agua. Pero lo que de verdad me emociona es acordarme de aquellas fuentes con marisco, pescado, gambas, ostras, cangrejo asado, almejas fritas y patatas fritas con guarnición de lechuga y tomate. Si no me falla la memoria, creo que se vendían por un dólar y medio.

Además de la comida, mi amor era la música. Fats Domino, Nat King Cole, Chuck Berry, Little Richard, The Platters, Brook Benton, Bobby «Blue» Band, James Brown, Dinah Washington, Maxine Brown, Big Maybelle eran algunas de las personas que escuché durante aquellos años en la playa. Me encantaba bailar. En cuanto ponían aquella música, yo bailaba sin parar. Ésa era otra forma de recibir propinas. La gente me animaba: «Venga, chica, vamos, vamos. Tío, mira cómo baila esa niña». Pero también me gustaba ver bailar a la gente. Muchas veces el abuelo o la abuela me tenían que llamar para que saliera del trance en el que estaba, mirando a la gente bailar en vez de haciendo las tareas.

Por la noche, mis primos, que a veces venían para trabajar en la playa, contaban historias de fantasmas. Les encantaba contármelas a mí porque me moría de miedo. Me hablaban de gente que volvía de la muerte, de serpientes que reptaban a más de ciento cincuenta kilómetros por hora y que podían matar con la cola, y de fantasmas rojos y lugares encantados y todo tipo de cosas terroríficas. Yo tenía mucha imaginación y antes de que terminara la velada, la hierba marina se había convertido en monstruos y el viento lanzaba aullidos espectrales.

A veces hasta la abuela y el abuelo se metían en aquellas sesiones de cuentos de terror. La favorita de mi abuelo era ésta: una noche terrible de tormenta él volvía a casa en coche. Había unos truenos y relámpagos tremendos. Vio que cayó un rayo en un árbol un poco más adelante y vio cómo el árbol caía sobre la carretera. Intentó parar pero era demasiado tarde. Se preparó para chocarse con él, pero no pasó nada. El coche lo atravesó limpiamente como si no estuviera ahí. Se volvió y claro que estaba aún cruzado sobre la carretera. Jura que la historia es verdad y estoy convencida de que él lo cree.

Sin embargo, nos visitaban fantasmas de verdad, fantasmas vivos. Eran los fantasmas del aparcamiento. Parece que a los ciudadanos blancos de Wilmington y Carolina Beach no les hacía mucha gracia que mis abuelos se hubieran atrevido a construir en ese terreno y a poner en marcha un negocio «de color». Estábamos demasiado cerca para que se sintieran cómodos. Así que de vez en cuando nos visitaban para mostrar su desaprobación. No estoy segura de si eran miembros con carné del Ku Klux Klan, pero, a juzgar por su comportamiento, daba la impresión de que sí. Pero claro, no llevaban puesta la sábana. Podrían haber sido chavales norteamericanos de sangre caliente que salían a divertirse de forma sana. El aparcamiento estaba hecho de tierra y los coches que se ponían a dar vueltas a gran velocidad lo echaban a perder en nada de tiempo. Dos o tres de ellos giraban y giraban en el aparcamiento con un coche, virando y derrapando, mientras soltaban a voz en grito tacos e insultos racistas. Una vez incluso dispararon al aire. Recuerdo que los veía y los oía allí fuera mientras me preguntaba qué más iban a hacer. Más de una vez vi al abuelo acercarse



a donde guardaba su arma y llevarla en silencio a donde estaba sentado. Por alguna razón eso me daba más miedo, porque sabía que él también estaba asustado.

Finalmente el abuelo colocó una enorme cadena gorda, casi tan grande como las que se usan para las anclas de los barcos, para cerrar la carretera en la entrada al aparcamiento. Esto consiguió eliminar a nuestros visitantes nocturnos.

Una noche, cuando mi abuela y yo estábamos colocando la cadena en su lugar y echando el candado, se acercó un hombre blanco en coche y, con un tono arrogante de voz, le ordenó a la abuela que abriera para que pudiera dar la vuelta. Mi abuela, muy digna, le contestó:

—No, no puedo permitirle que haga eso.

Entonces, en un tono más agradable, él le pidió de nuevo que abriera.

—No —dijo ella de nuevo.

—Venga, tiíta, que tengo una mamacita en casa. Abre la puerta para que pueda dar la vuelta.

—¿Qué ha dicho usted? —preguntó mi abuela.

—He dicho que tengo una mamacita en casa, así que venga, abre.

Mi abuela se inclinó hacia el rostro del hombre.

—No me importa cuántas mamacitas tenga usted en su casa. No me importa si tiene cien, usted va a dar marcha atrás al coche esta noche. ¡Y quiero que salga de mi propiedad ahora mismo! ¡Ahora mismo!

El hombre se puso tan colorado como sólo puede ponerse un facha blanco y metió la marcha atrás. El camino era bastante estrecho, apenas cabía un coche, y era imposible que pudiera girar sin quedarse atrapado en la arena. Tuvo que ir marcha atrás durante más de medio kilómetro. Mientras le mirábamos retroceder, la abuela y yo nos reímos tanto que se nos saltaron las lágrimas.

Cada día, cuando íbamos en coche desde la casa en la calle Seventh hasta la playa, pasábamos por un parque precioso con un zoo. Y cada día yo pedía, rogaba y gemía hasta aburrir a mi abuela para que me llevara a verlo. Era casi una obsesión. Ella siempre me decía que «algún día» me llevaría, pero «algún día» no llegaba

nunca. Yo me quedaba sentada en el coche, de morros, pensando en lo mala que era. Me parecía que la abuela tenía que ser la persona más mala sobre la faz de la tierra. Por fin, con la expresión más extraña en la cara, me dijo que no se nos permitía entrar allí. Porque éramos Negros.

Cuando estábamos en la playa, hacíamos la compra en Carolina Beach, que tenía un parque de atracciones, pero a los Negros no nos dejaban entrar, claro. Cada vez que pasábamos por allí, yo miraba el tiiovivo y la noria y los pequeños cochecitos y aviones y mi corazón sólo anhelaba montar en ellos. Pero mi atracción prohibida favorita era una con barquitos en un estanque, y cada vez que los veía me sentía frustrada y desposeída. Por supuesto, como soy una criatura pesada, siempre pedía que me llevaran a las atracciones, a pesar de saber perfectamente cuál iba a ser la respuesta. Un verano, mi madre, mi hermana y yo íbamos caminando por el paseo marítimo. Mi madre estaba pasando parte de las vacaciones ayudando a mis abuelos en el negocio. En cuanto nos acercamos a las atracciones, yo empecé con mi rollo habitual. Y seguí así, hasta la saciedad, hasta que mi madre, sonriendo, dijo:

—Ya basta, voy a intentar que nos dejen entrar. Cuando lleguemos, no quiero oír ni una palabra de ninguna de vosotras. Sólo hablo yo. Y si os preguntan algo, no contestéis, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo!

Mi madre se acercó a la taquilla y se puso a hablar. Yo no entendí una palabra de lo que decía. La señora de la ventanilla no hacía más que decirle a mi madre que no podía venderle entradas. Mi madre seguía hablando, muy rápido, y moviendo las manos. Vino el encargado y le dijo a mi madre que no podía comprar entradas y que no podíamos entrar en el parque. Mi madre siguió hablando y moviendo las manos y enseguida se puso a gritar en aquella lengua extranjera. Yo no sabía si era un idioma de mentiras o uno de verdad. Se acercaron varios hombres más. Le hablaron a mi madre. Ella siguió. Luego los hombres se fueron a un lado y hablaron entre ellos, y volvieron y le dijeron a la taquillera que le diera las entradas.

Yo no podía creerlo. De repente estábamos riendo y gritando y subiendo en las atracciones. Todos los blancos se nos quedaban

mirando, pero no nos importaba. Estábamos muy ocupadas pasándolo en grande. Cuando por fin pude subirme en uno de aquellos barquitos, mi madre tuvo que sacarme a rastras para alejarme de ellos. Yo estaba en la gloria. Después de subir en todas las atracciones, fuimos al Dairy Queen para tomar un helado. Volvimos a casa cantando y riendo todo el camino.

Al llegar, mi madre nos contó que había hablado en español y que les había dicho a los encargados que venía de un país hispano y que, si no nos dejaban entrar, llamaría a la embajada y a las Naciones Unidas y a no sé quién más. Nos reímos y seguimos hablando de aquello durante mucho tiempo. Pero fue una lección que nunca he olvidado. Cualquiera, fuese quien fuese, aunque fuera un recién llegado, tenía más derechos y se le mostraba más respeto que a los Negros nacidos en América.

Mi primera experiencia escolar fue la escuela de la señora Perkins en Wilmington. Era un sitio pequeño con dos cuartos en la calle Red Cross, donde aprendí los rudimentos de lectura, escritura y aritmética. Yo tenía cuatro años. La escuela de la señora Perkins era lo más cercano a una guardería que había para la gente Negra de Wilmington, pero ella no se dedicaba a todos esos juegos de niños. Estábamos allí para aprender. Sin embargo, yo era propensa a coger catarros y supongo que la estufa barrigona de la escuela no daba suficiente calor. Pasaba enferma más tiempo del que pasaba en el aula. Pero aprendí lo suficiente para que cuando empecé Primero todo me pareciera fácil. Ya sabía leer.

Pasé la mayor parte de Primero en Nueva York con mi madre, y el resto de ese curso y de Segundo en el Sur con los abuelos. Asistí a la escuela elemental Gregory de Wilmington. Mis maestros conocían bien a los abuelos y les daban informes directos de mis progresos. Los maestros eran severos y creían solemnemente en el valor de unos buenos golpes con la regla pero aprendíamos.

Por supuesto, nuestra escuela era segregada, pero los maestros se tomaban más interés en nuestra vida, porque ellos vivían en nuestro mundo, en los mismos barrios. Eran conscientes de los obstáculos, sabían a lo que tendríamos que enfrentarnos cuando fuéramos adultos y trataban de protegernos todo lo que podían. Más de una vez nos castigaron porque algún niño se había burlado

de otro que era pobre e iba mal vestido. No digo que la segregación fuera un sistema bueno. Nuestras escuelas eran de segunda categoría. Los libros estaban usados y rotos, heredados de escuelas blancas. Sólo recibíamos una fracción del dinero que el Estado asignaba a las escuelas blancas, y las condiciones en las que muchos niños Negros recibían una educación sólo pueden calificarse de terribles. Pero los niños Negros recibían apoyo y comprensión y ánimo en lugar de la indiferencia hostil que a menudo encontraban en las escuelas «integradas».

Junto a la escuela había un amplio patio de tierra donde jugábamos y nos peleábamos. Crecimos luchando; era realmente difícil concluir los años escolares sin alguna pelea, sólo para sobrevivir. Pero siempre me pregunté qué hacía que la gente se peleara. En especial una vez que estudiamos las guerras. Solía contemplar los restos de un barco hundido que aparecía inclinado ante nuestra playa y preguntarme cómo había muerto la gente en él. Estaba cubierto de musgo verde y yo me imaginaba esqueletos que flotaban en el interior. El barco había sido hundido durante la Guerra de Secesión y siempre me pregunté si llevaba a soldados del Norte o del Sur. En aquellos días, yo pensaba que los del Norte eran los buenos.

Pero nunca pude verle el sentido a la guerra. Recuerdo que me enseñaron que la Primera Guerra Mundial era la guerra que debía acabar con todas las demás guerras. Bueno, ya sabemos que eso era mentira porque luego vino la Segunda. Me acuerdo de que un maestro nos contó que la Primera Guerra Mundial se inició porque el príncipe Francisco Fernando fue asesinado en algún lugar de Austria. (Cuando nos enseñaban historia, nunca nos contaban las verdaderas razones de las cosas. Sólo nos enseñaban detalles triviales, hechos simplistas, frases clave y una amplia gama de datos sin sentido.) Yo no lo entendía. ¿Qué hacía la gente de un sitio tan lejano como América metida en una guerra sólo porque habían asesinado a un príncipe en Austria? Me podía imaginar la que se armaría si yo volviera a casa y le dijese a mi abuela que me había metido en una pelea porque habían matado a un tipo en Europa.

En la escuela hacían que la guerra pareciera tan gloriosa, tan heroica. Pero las guerras que librábamos en el patio y de camino a casa no eran nada gloriosas. Aparte de los cortes y arañazos que

recibíamos en nuestro campo de batalla, lo más probable era que luego nos zurraran por pelearnos o por ensuciarnos la ropa. Yo en eso tenía bastante suerte. Cuando mi abuela descubría que seguía entera no montaba mucho jaleo. Supongo que tenía el mismo aspecto después de una pelea que cuando volvía a casa después de clase cualquier día normal. Era por naturaleza un mari-macho y muy dejada. Siempre llevaba la blusa colgando por fuera de la falda, uno de los calcetines caído y el pelo suelto y salvaje en torno a la cabeza. Constantemente me las apañaba para romper o ensuciar algo y, como era torpe y poco elegante, parecía la víctima de unas cincuenta guerras.

Casi todas nuestras peleas empezaban por pequeñas disputas como que alguien te había pisado, escupitajos que volaban y la propiedad disputada de lápices y bolis. Pero en lo profundo de esos desacuerdos, se veía claramente el odio por nosotros mismos.

—Cabeza rizada, cabeza rizada, como te agarre, te meto una navajada.

—Ahora, como eres Negro, eres feo, pero te voy a dar una paliza que te voy a dejar morao.

—No eres más que otro negrata cualquiera para mí. Te vas a enterar de lo que les hago yo a los negratas como tú.

—Más vale que cierres esa bocota de negro.

Nos llamábamos unos a otros usando expresiones como *jungle bunnies*<sup>5</sup> y *bush boogies*,<sup>6</sup> comentarios racistas usados por los blancos para referirse a las personas Negras de forma peyorativa. Nos referíamos a los labios gordos y feos y a las narices anchas de cada uno. Nos lanzábamos otros insultos racistas como *pickaninnies*<sup>7</sup> y *nappy-haired*.<sup>8</sup>

<sup>5</sup> Literalmente, conejo o conejito de jungla, término despreciativo para una persona de raza negra.

<sup>6</sup> Otro término despreciativo para una persona negra. *Bush* alude a la abundancia de vegetación y *boogie* se refiere a irse rápidamente de un sitio o a un tipo de música y baile.

<sup>7</sup> Término peyorativo para un niño negro, posiblemente de origen español o portugués.

<sup>8</sup> Literalmente, pelo rizado, término ofensivo para referirse a personas negras por alusión a su cabello muy rizado.

—Compórtate según tu edad, no según tu raza —nos decíamos unos a otros.

—Cuando acabe contigo me lo agradecerás, te voy a dar tal paliza que te voy a quitar el negro.

La negrura hacía peor cualquier insulto. Cuando llamabas «hijoputa» a alguien, era malo. Pero si le llamabas «Negro hijoputa», eso sí que era terrible. De hecho, en aquella época, llamarle a alguien «Negro» a secas era causa suficiente para pelear.

—¿A quién le estás llamando Negro? —contestábamos. Nunca habíamos oído la frase «Lo negro es bello» y a la mayoría de nosotros, aquella idea no se nos había ocurrido nunca.

Odiaba que me peinara la abuela. Y ella odiaba hacerlo. Yo siempre he tenido el pelo abundante, largo y rizado, y a mi abuela le resultaba muy difícil peinarlo. Ella tiene el pelo liso, así que se impacientaba con el mío. Cuando me lo peinaba, siempre se acordaba de algo malo que yo había hecho ese mismo día o el anterior y me daba golpecitos en la cabeza con el peine. Durante estas sesiones me decía siempre:

—Cuando crezcas, quiero que te cases con un hombre de «buen pelo», para que tus hijos tengan el pelo bueno, ¿me oyes?

—Sí, abuela.

Yo me preguntaba por qué ella misma no había hecho caso de sus propios consejos, pues el pelo de mi abuelo no era liso en absoluto, pero nunca me atreví a preguntarlo. Mi abuela sólo decía lo que todo el mundo sabía: el pelo bueno era mejor que el malo, lo que quería decir que el pelo liso era mejor que el pelo rizado.

Cuando mi hermana Beverly era pequeña, yo solía burlarme de sus labios. Tiene unos labios grandes y bonitos, pero por aquel entonces los veíamos como una especie de defecto. Nunca me parecieron feos, mi hermana siempre me ha parecido muy guapa, pero sus labios eran algo bueno de lo que reírme. Una vez le dije:

—Con esos grandes morrazos, lo único bueno que tienes es tu pelo largo, más vale que no te lo cortes nunca.

Jamás sabré cuánto daño le hizo a mi hermana toda aquella burla. Pero yo sólo decía lo que todo el mundo sabía: los labios finos y pequeños eran mejor que los labios grandes y gruesos. Todo el mundo lo sabía.

Había una niña en nuestra escuela cuya madre le hacía llevar una pinza de ropa en la nariz para estrechársela. Había unas cuantas niñas que intentaban blanquearse la piel con una crema muy fuerte, y lo que conseguían era que les salieran granos. Y por supuesto, íbamos al salón de belleza y nos alisábamos el pelo. Yo estaba impaciente por llegar allí y que me lo plancharan completamente. Quería ricitos a lo Shirley Temple. Odiaba el olor del pelo planchado y que me quemaran las orejas, pero nos habían enseñado que las mujeres tenían que hacer grandes sacrificios para ser bellas. Y todo el mundo sabía que una tenía que estar loca para caminar por la calle con pelo rizado todo tieso hacia fuera. Y por supuesto, el pelo largo era mejor que el pelo corto. Todos lo sabíamos.

Nos habían lavado el cerebro a todos y ni siquiera nos dábamos cuenta. Aceptábamos los sistemas de valores blancos y los estándares de belleza blancos y, en ocasiones, aceptábamos la visión del hombre blanco de nosotros mismos. Nunca habíamos tenido contacto con ningún otro punto de vista ni con ningún otro modelo de belleza. Desde que era pequeña, recuerdo que la gente Negra decía:

—Los negratos son una mierda.

—Ya sabes lo vagos que son los negratos.

—Si a un negrata le das la mano, se tomará el brazo.

Todo el mundo sabía lo que a los «negratos» les gusta hacer después de comer: dormir. Todo el mundo sabía que los «negratos» son incapaces de llegar puntualmente: por eso existía el «c.p.t.» («el tiempo de la gente de color», por sus siglas en inglés).

—A los negratos no les importa nada.

—Los negratos no se apoyan unos a otros.

La lista seguía y seguía. En general aceptábamos que estas afirmaciones eran verdad hasta cierto punto. Y, en general, cada uno de nosotros las convertíamos en verdad en nuestro interior por el hecho de creerlas.

Ingresé en Tercero en la escuela P.S. 154 de Queens, que era casi toda de blancos, con lo que yo era la única niña Negra de mi clase. Toda mi familia estaba contenta de que fuera a la escuela en Nueva York.

—Las escuelas son mejores —decían—. Recibirás una educación mejor en el Norte que en esa escuela segregada del sur.

La escuela del Norte era para mí muy diferente de la escuela del sur. Para empezar, los maestros (eran todos blancos, no recuerdo haber tenido ningún maestro Negro hasta el instituto) siempre me estaban sonriendo. Y cuanto mayor me hacía, menos me gustaban aquellas sonrisas. En aquel momento no sabía cómo llamarlas, pero ahora las llamo «sonrisitas para negritos».

Mi maestra de Tercero era joven, rubia, de clase media y muy remilgada. Cada vez que yo entraba en el aula, me enseñaba sus treinta y dos dientes, pero no había nada sincero en su sonrisa. Nunca me hizo sentir bien. Había siempre algo exagerado y poco natural en su comportamiento conmigo. En mi primer o segundo día de clase, se puso a enseñarnos caligrafía.

—¿Alguien sabe cómo escribir una L mayúscula en letra de imprenta? —preguntó. Nadie alzó la mano. Yo lo hice tímidamente.

—¿Tú sabes cómo hacerla? —me preguntó con incredulidad.

—Sí —le dije—, lo hicimos el año pasado en el Sur.

—Bueno, ven y escríbela en la pizarra, entonces —me dijo. Yo tracé mi lastimera L mayúscula de segundo grado en la pizarra. Después de mirarme y asentir, ella dibujó una ele grande y elegante junto a la mía.

—¿Es esto lo que intentabas hacer, JoAnne? —dijo con aire petulante. Toda la clase se echó a reír. Yo quería que se me tragara la tierra. A partir de ahí, parecía que, cada vez que mencionaba algo que había aprendido en el Sur, ella se ponía furiosa. Nunca percibía mi mano alzada. Cuando ya no podía ignorarla, porque nadie más la había levantado, decía algo como:

—Ah, ¿tú sabes la respuesta, JoAnne?

Cada día de fiesta una clase tenía que representar una obra. Había obras para el Día de Cristóbal Colón, Halloween, el Día de Acción de Gracias, Navidad. A nuestra clase le tocó el cumpleaños de George Washington, y nuestra obra trataba de cómo cortó un cerezo cuando era un niño. A mí me eligieron para salir en la obra. Yo estaba encantada y muy orgullosa. Me tocó hacer de uno de los cerezos. La maestra me puso un poco de papel crepe verde por la cabeza y me dijo que me colocara en la parte de atrás del

escenario, y que me quedara ahí hasta el final de la obra. En ese momento, los cerezos debían mecerse de un lado para otro y cantar: «George Washington nunca dijo una mentira, nunca dijo una mentira, nunca dijo una mentira. George Washington nunca dijo una mentira y la verdad avanza sin parar».

No fui consciente de cómo me habían engañado hasta que crecí y empecé a leer historia de verdad. Con toda probabilidad, George Washington no sólo fue un mentiroso de tomo y lomo, sino que una vez vendió a un esclavo a cambio de un barril de ron. Así que tenían a este antiguo amo de esclavos blanco, lo que los negros llamamos un «craka», a quien le importaba una mierda la gente Negra, y luego me tenían a mí, una niña Negra, actuando sin querer en una obra en su honor. Cuando George Washington luchó por la libertad en la Guerra de Independencia, lo hizo por una libertad «sólo para blancos». Y sólo para blancos ricos, además. Después de aquella mal llamada revolución, no se podía votar a menos que uno fuera un hombre blanco y poseyera un trozo de tierra. Esa revolución fue liderada por unos cuantos niños ricos blancos que se cansaron de pagar elevados impuestos al rey. No tuvo nada en absoluto que ver con la libertad, la justicia y la igualdad para todos.

Una vez más, en Cuarto, seguía siendo la única niña Negra de la clase. Mi maestro, el Sr. Trobawitz, sin embargo, molaba y era muy buen profesor. Tenía ideas modernas sobre la enseñanza y en lugar de hacernos leer aquellas viejas y aburridas antologías, nos hacía leer libros de verdad y escribir resúmenes sobre ellos. Sus clases siempre eran interesantes. Nos contaba todo tipo de chistes e historias y parecía interesarse sinceramente por nosotros. Ese año nos tocaba estudiar la Guerra de Secesión y cómo Lincoln liberó a los esclavos. Como todos los otros maestros, el Sr. Trobawitz nos contó «la versión de cuento de hadas» de la historia, pero al menos lo hacía ameno. Ese año a mí me encantaba Lincoln. Me aprendí de memoria el poema entero «¡Oh, capitán! ¡Mi capitán!», de Walt Whitman, y lo recité a la clase.

Poco sabía entonces que Lincoln era un archi-racista que había mostrado abiertamente su desdén por la gente Negra. Era de la opinión de que a los Negros se les debería deportar a la fuerza a África o a cualquier otra parte. Nos habían enseñado que la Guerra

de Secesión se hizo para liberar a los esclavos y sólo cuando llegué a la universidad aprendí que aquella guerra se hizo por motivos económicos. El hecho de que «oficialmente» se aboliera la esclavitud fue un efecto colateral. Los industriales del Norte estaban luchando por hacerse con el control de la economía. Antes de la guerra, la economía industrial del Norte dependía en gran medida del algodón del Sur. La economía esclavista del Sur constituía una amenaza para el capitalismo del Norte. ¿Qué pasaría si los dueños de esclavos del Sur decidieran montar fábricas y procesar el algodón ellos mismos? Los capitalistas del Norte no podrían competir con la mano de obra esclava y su economía capitalista sería destruida. El Norte fue a la guerra para asegurarse de que esto no sucediera.

Cuando aún estaba en Cuarto, me caí de un columpio y me rompí una pierna. Mr. Trobawitz vino a casa y me dio clase y me puso deberes. Cuando volví a la escuela, él se había ido para dar clase en la universidad. Todos nos pusimos tristes. Le sustituyó una maestra con cara de pájaro, de las que siguen el manual a rajatabla e insisten en que hay que aprenderlo todo de memoria. Nos obligó a volver a las antologías y movió los pupitres para que volviéramos a estar sentados en filas. A mí no me caía bien y me aburría a muerte.

Una vez nuestra clase hizo un baile. Para mí era algo grande porque me encantaba bailar. Los niños blancos no tenían ni idea. Parecían un grupo de canguros borrachos, dando saltos por todas partes, incapaces de seguir el ritmo de la música. Yo estaba allí sentada con la mano en la boca, intentando contener la risa. Me moría de ganas de salir a la pista y enseñarles cómo se hacía. Pero nadie me lo pidió. No creo que se les ocurriera siquiera y, si lo pensaron, sabían que no debían hacerlo. Bailar con una «negrata» podía dar por lo menos para que te vacilaran durante una semana. Pero esos blancos no mostraban abiertamente su racismo en absoluto. Estaba encubierto, como el de sus padres. Bueno, yo me quedé allí sentada mirándoles dar saltos hasta que un niño (nunca me olvidaré de su nombre: Richard Kennedy, era un chaval irlandés pobre con el pelo rojo) se acercó a donde estaba sentada y me dijo:

—Si me das diez centavos, bailaré contigo.

Lo triste de la anécdota es que estuve a punto de darle el dinero.

En Quinto me pusieron en la clase de la más famosa sargenta de la escuela, la Sra. Hoffler. Desde el primer día supe que iba a ser un año muy largo y muy difícil. Lo único bueno es que había otro niño Negro en la clase. La maestra nos colocó al fondo, a los dos juntos. Se llamaba David algo, pero yo le llamaba David Peacan. La maestra era una de esos tipos militares y sus clases parecían un campamento de entrenamiento para reclutas. Se nos decía dónde sentarnos, cómo sentarnos y qué tipo de cuadernos, bolígrafos, lápices, etc. debíamos usar. No nos dejaba hablar y nos daba toneladas de deberes. Su castigo para todo era más tarea para casa. Cuando pillaba a alguien hablando o haciendo algo que no le gustaba, le daba tarea extra. Cuando no hacías los deberes, te daba más. Y cada vez que te daba más tarea, escribía tu nombre en la pizarra y se negaba a borrarlo hasta que habías entregado tu «castigo». Para cuando me fui de su clase, mi nombre prácticamente llenaba la pizarra entera.

David y yo éramos sus objetivos favoritos. Toda la clase podía estar montando jaleo, pero nosotros éramos los únicos a los que veía con la boca abierta. Cuanto más se cebaba con nosotros, más rebelde me volvía yo. Me sentaba en la parte de atrás y hacía chistes sobre ella.

Un día, cuando estábamos hablando y riéndonos, se acercó y levantó a David de su asiento agarrándole de la oreja y retorciéndola hasta que todo ese lado de su cara se puso rojo y contorsionado por el dolor. En ese mismo momento yo decidí que a mí no me lo iba a hacer. Pocos días más tarde, vino por mí. Cuando me puso la mano encima, le di un puntapié o un golpe, ya no me acuerdo qué. La cosa es que cuando me quise dar cuenta, estaba en la oficina del director y me mandaban a casa con una nota. Yo tenía un miedo de muerte de que mi madre se enterara, así que firmé la nota yo misma y la llevé a la escuela al día siguiente. Mi firma no engañó a nadie. Para contarle brevemente, cuando mi madre se enteró, se lo confesé todo y le hablé de la Sra. Hoffler. Creo que ya tenía cierta idea de lo que estaba pasando porque

había notado que yo había cambiado. Yo siempre había sido muy callada y obediente en clase. Mi madre fue a la escuela, habló con la maestra y con el director, y exigió que me pasaran a otro grupo. Menos mal que no era uno de esos progenitores que creen que el maestro siempre tiene razón porque, de ser así, no sé lo que habría pasado. Supongo que tiene que ver el hecho de que es maestra y es muy consciente del racismo y la hostilidad a la que están expuestos los niños Negros desde el momento en que empiezan la escuela.

No recuerdo el nombre de mi otra maestra de Quinto. Baste decir que era larguísimo y empezaba con una Z, pero era muy simpática y muy buena maestra. Ella nos introdujo al arte, a la literatura y a la filosofía. Recuerdo que en su clase estudié la Revolución Francesa. Ella hacía que personajes como María Antonieta, Charlotte Corday y Robespierre parecieran vivos. Nos habló sobre filósofos como Rousseau, que influyó en el pensamiento de su tiempo, y sobre cómo la Revolución Francesa recibió la influencia de la Revolución americana. Incluso nos mostró imágenes del arte y la arquitectura de esa época. Fue la primera maestra, de las pocas que había, que enseñaba las materias relacionando unas cosas con otras.

Antes de estar en su clase, nunca hubiera imaginado que la historia estaba conectada con el arte, que la filosofía estaba relacionada con la ciencia, etc. La forma normal en que se enseña a la gente en América es que cada asignatura es un compartimento separado y no tiene relación con ninguna otra materia. En general, se nos transmiten fragmentos de conocimiento inconexo y nuestra educación no sigue un modelo o formato lógico. Es exactamente este tipo de educación la que genera personas que carecen de la habilidad de pensar por sí mismas y que, por lo tanto, son manipuladas fácilmente.

A medida que crecíamos, las diferencias entre los Negros y los blancos, los estudiantes ricos y los pobres, se hacían más y más grandes. Una vez un maestro nuevo nos dijo que hiciéramos móviles como deberes. Casi todos llevamos móviles de cartón, madera o papel. Un niño llevó un móvil hecho de metales, no sólo de un tipo, sino metales de diferentes colores. Yo estaba alucinada ante

aquel niño que poseía los recursos para recortar todas aquellas diversas formas perfectamente geométricas. Calder habría tomado nota.

La escuela estaba situada en un barrio de clase media y de mayoría judía. En el centro había una pequeña isla de gente Negra, y ahí era donde yo vivía. Estaba casi completamente segregada de la zona blanca. La escuela estaba justo en el medio. En la mayoría de las familias Negras trabajaban tanto el padre como la madre, y muchos tenían dos o tres trabajos, por lo que no podían pasar mucho tiempo en la escuela. Pero algunos de los padres blancos estaban allí para cada cosita que se hacía, desde excursiones hasta la venta de galletas. Y anda que no eran avasalladores. Hasta el día de hoy sigo convencida de que algunos de ellos hacían casi todos los deberes de sus hijos. Los niños Negros escribían una redacción o un resumen de un libro en simple papel rayado y lo entregaban. Algunos de los niños blancos presentaban sus trabajos en carpetas caras, algunos estaban escritos a máquina y cada página estaba plastificada. Me podía yo imaginar pidiéndole a mi madre que me pasara a máquina la tarea o que me diera dinero para carpetas o para fundas de plástico transparentes. Seguramente habría pensado que me había vuelto loca. Los niños blancos venían a la escuela con todo tipo de mierdas: juegos caros de pluma y lápiz, brújulas y un niño hasta tenía una regla de cálculo. Dudo que tuviera la más mínima idea de cómo usarla.

Cuanto mayores se hacían los niños blancos, más esnobs se volvían. Siempre estaban hablando de lo que tenían y de lo que les habían comprado sus padres. Una niña, Marsha, que me parecía terriblemente fea, siempre iba vestida como las niñas de las películas o de la tele. Ella era una de las super-esnobs de la clase. Un día vino a la escuela con unos mitones muy raros. Dijo que estaban hechos de chinchilla y que era la piel más cara del mundo. Yo corrí a casa para preguntarle a mi madre. Sabía que tenía que estar mintiendo porque jamás había oído hablar de la chinchilla y todos los que yo conocía pensaban que la piel más cara en el mercado era el armiño. Me quedé de piedra cuando mi madre me dijo que Marsha decía la verdad.

Cada año, cuando empezábamos el curso, inevitablemente nos mandaban escribir una redacción titulada «Mis vacaciones de verano». Normalmente nos colocábamos frente a la clase y las leíamos en alto. Yo siempre me quedaba fascinada por algunos de los sitios a los que estos niños habían ido durante las vacaciones, sitios como España, Inglaterra, Brasil y las Bermudas. Algunos de ellos incluso traían diapositivas y películas de sus viajes. Cuando terminaban de hablar, yo no quería leer mi redacción sobre cómo había pasado el verano en el Sur con mis abuelos.

Una de las cosas que me habían inculcado desde que nací era que nosotros valíamos tanto como la gente blanca. «Tú enséñale a esa gente blanca que vales tanto como ellos», me decían. Eso significaba que yo tenía que sacar buenas notas en la escuela, que siempre tenía que ir limpia y bien vestida y que tenía que hablar tan «finamente» como ellos y que tenía que demostrarles siempre que pudiera que la gente Negra (entonces nos llamábamos a nosotros mismos usando el término eufemístico «Negro», hasta que el movimiento de los derechos civiles promovió el uso de «Black»)<sup>9</sup> era capaz de hacer cualquier cosa que hicieran los blancos y que podíamos apreciar lo que los blancos apreciaban.

Se suponía que yo era una versión infantil de un «embajador de buena voluntad», para demostrar que la gente Negra no era tonta ni sucia ni ignorante ni olía mal. Yo llevaba a cabo esta misión lo mejor que podía para demostrar que valía tanto como ellos. Nunca cuestionaba las cosas que ellos consideraban buenas. La gente blanca decía que la música clásica era la forma más elevada de música; los blancos decían que el ballet era la forma más elevada de baile, y yo aceptaba esas cosas como ciertas. Después de todo, ¿no era yo tan culta como ellos?, y todo lo que ellos deseaban, yo lo deseaba. Si ellos querían chaquetas de borreguito, yo quería una chaqueta de borreguito. Si querían un collar con la estrella de David, yo quería un collar con la estrella de David. Si querían una muñeca Revlon, totalmente glamurosas porque servían para anunciar los cosméticos, yo quería una muñeca Revlon.

<sup>9</sup> Ambos términos se han dejado en inglés: Negro, de donde viene también la deformación *Nigger*, y *Black*. (Nota de las TT.)

Si ellos se comportaban de forma esnob, entonces yo me comportaba de forma esnob. Me guardaba mi cultura, mi música, mi baile, la riqueza del habla Negra para las ocasiones en que estaba con mi propia gente. Me acuerdo de que aquellos niños hablaban de comidas típicas de la Pascua judía como las albóndigas de pescado (*gefilte fish*) y el pan sin levadura (*matzos*). A mí nunca se me habría ocurrido hablar de nuestras alubias carillas con arroz o berzas y del codillo de cerdo, todos platos típicos de la cocina del Sur para el día de Año Nuevo. Nunca les habría dado la oportunidad de ponerme en ridículo. Además, la mitad de la gente blanca pensaba que todo lo que nosotros comíamos eran gachas y sandía. En muchos aspectos yo llevaba una doble vida.

En Quinto o Sexto empecé a interesarme por la televisión. O más bien, debería decir que fue entonces cuando la televisión comenzó a corroerme el cerebro. Piensa en cualquier programa estúpido que existiera en aquella época y seguramente era uno de mis favoritos. Comedias de situación que ensalzaban el estilo de vida norteamericano como *Ozzie and Harriet*, *Leave It to Beaver*, *Donna Reed*, *Father Knows Best*, *Bachelor Father*, *Lassie*, etc. Al poco tiempo, lo que yo más deseaba era parecerme a esa gente de la televisión. Después de todo, ellos eran lo que se suponía que debían ser las familias.

¿Por qué mi madre no tenía galletas recién horneadas cuando yo volvía de la escuela? ¿Por qué no vivíamos en una casa con un patio atrás y adelante, en lugar de vivir en un apartamento normalucho? Me acuerdo de que miraba a mi madre cuando ella limpiaba la casa con su bata andrajosa y los rulos en el pelo. «¿Qué asco», pensaba yo. ¿Por qué no limpiaba la casa en tacones altos y vestidos camiseros como hacían en la tele? Empecé a cogerle manía a mis tareas de casa. Los niños de la tele nunca hacían nada. Todo lo que hacían eran sus deberes y luego salían a jugar. Nunca iban a la lavandería o a hacer la compra. Nunca tenían que lavar los platos o fregar el suelo o bajar la basura. Ni siquiera tenían que hacerse su propia cama. Y los niños de la tele conseguían todo lo que querían. Sus padres nunca decían: «No tengo dinero, no puedo permitírmelo». Sentía muy poca comprensión por mi madre. Nunca me di cuenta de que trabajaba todo el día, asistía a clases

nocturnas, cocinaba, limpiaba, lavaba y planchaba, criaba a dos hijas y en su tiempo «libre» corregía exámenes y trabajos y hacía la tesis. Yo estaba furiosa con ella porque no era como la actriz Donna Reed.

Y, por supuesto, los anuncios tuvieron su influencia. Yo quería todo lo que veía. Mi madre siempre compraba una marca indeterminada. Me ponía de los nervios cuando íbamos a comprar. Yo quería que ella comprara pastelitos rellenos Hostess Twinkies y pan blanco Silvercup. Y en lugar de eso, compraba pan integral y manzanas. Nunca compraba cereales ricos como Sugar Crunchies y Coco Puffs. Siempre compraba no sé qué cosa que se suponía que era muy buena para nosotras. Yo pensaba que estaba loca. Si Hostess Twinkies eran lo suficientemente buenos para los niños de la tele, ¿por qué no eran lo suficientemente buenos para mí? Pero mi madre no se dejaba conmovir. Y yo seguía indignada. Era una marioneta y ni siquiera sabía quién movía los hilos.

Un año todos llevaban botones en sus abrigos. Algunos tenían algo escrito y otros tenían fotos de estrellas de cine. Yo fui a algún sitio con mi madre y mi tía y me preguntaron si quería un botón. Yo elegí uno de Elvis Presley. Todos los niños de la escuela pensaban que Elvis molaba. Llevé ese botón religiosamente durante todo el invierno, y ese verano, cuando fui al Sur, fui a ver una de sus películas.

En Wilmington, en esa época, sólo había un cine al que pudieran ir los Negros. Se llamaba Bailey Theater. Después de comprar la entrada, se subía por una larga escalera en el lateral del edificio hasta el segundo gallinero, la sección «de color». Más te valía no ser miope. La película era como todas las otras de Elvis: ¡totalmente prescindible! Cuando terminó, fui abajo. Todos los niños blancos se iban con fotos del cantante que habían comprado. Yo me dirigí al restaurante de mis abuelos en la calle Red Cross, pero luego me di la vuelta y regresé al cine. Si los niños blancos podían tener una foto de Elvis, yo también. Al menos, lo iba a intentar. Sabía que no serviría de nada ir a la taquilla y pedírsela a la mujer. Con toda seguridad me iba a decir que no. Así que pasé por delante de ella, directa a la sección blanca del cine. ¡Qué sorpresa me



llevé! Era como los cines de Nueva York. Tenían una máquina de refrescos, otra de palomitas con mantequilla y todo tipo de patatas fritas, chucherías y cosas. Arriba en la sección «de color», sólo había las mismas palomitas sosas de siempre y algunas barritas y nada más.

En cuanto entré, todo se detuvo. Todo el mundo me miraba. Me acerqué al mostrador donde vendían las fotos. Antes de que pudiera abrir la boca, la vendedora me dijo:

—Estás en la sección equivocada; sal y sube las escaleras por el lateral.

—Quiero comprar una foto de Elvis Presley —dije.

—¿Qué has dicho, perdona? —dijo arrastrando las palabras.

—Quiero comprar una foto de Elvis Presley —repetí—. Arriba no las tienen.

—Bueno, no sé —dijo—. Tendré que hablar con el encargado.

Le dijo algo a la otra mujer que estaba detrás del mostrador y se fue. Para entonces ya se había juntado un grupo a mi alrededor.

—¿Qué estará haciendo aquí? —no hacían más que preguntarse unos a otros.

—Bueno, ella debería saber que esto no se hace —decía alguien.

—Mira, Ma, una niña de color.

—¿Te has perdido, cariño?

—¿Qué querrá?

—¿No tienen fotos en la sección de color?

—Total, ¿para qué querrá una foto?

La multitud me rodeaba, mirándome embobados.

—¿No sabe leer? ¿Es que no sabe que aquí no permitimos gente de color?

—No sé de qué va esto. Es algo de una foto.

—Y se ha metido aquí como Pedro por su casa.

Por fin volvió la vendedora. Con ella venía un hombre. Todas las miradas estaban fijadas en el encargado. Me echó un vistazo a mí y otro a la muchedumbre que se estaba formando a mi alrededor.

—Dale una foto y que se vaya de aquí —le dijo a la vendedora. Apresuradamente, la mujer me vendió la foto.

—Ya está, señores, ya se ha acabado. Cada uno, a lo suyo.

Yo cogí mi foto y salí a la luz del día dando saltitos. Me sentía bien. Cuando lo pensé, me pareció divertido. Las miradas en las caras de aquellos crakas blancos, todos hinchados como globos. Lo pasé bien, me reí durante todo el camino hasta el restaurante de mis abuelos. Y por supuesto, en cuanto llegué allí, le conté a todo el mundo lo que había pasado. Me sentía tan orgullosa. Cogí mi foto y la puse en la parte de atrás del mostrador, justo al lado del calendario de la funeraria. Se quedó ahí unos pocos días hasta que vino Johnie, el de la parada de taxis de enfrente, y me dijo que Elvis había dicho que lo único que una persona Negra podía hacer por él era comprar sus discos y lustrarle los zapatos. Sin decir nada, tiré la foto a la oscuridad, al olvido. (Más tarde leí que Elvis le había regalado a Spiro Agnew, vicepresidente con Nixon y seguramente implicado en el escándalo del Watergate, una Magnum 357 chapada en oro y que se había ofrecido voluntario para trabajar para el FBI.)

Evelyn, mi tía, era la heroína de mi infancia. Siempre me llevaba a sitios y me «exponía a cosas», como decía ella. Me llevaba a museos, creo que fui prácticamente a todos los de Nueva York. Me convirtió en una verdadera amante del arte. Antes de tener diez años, ya podía reconocer un Van Gogh con sólo verlo, y sabía lo que eran el cubismo, el surrealismo y el expresionismo abstracto. Mis artistas favoritos eran Picasso, Gauguin, Van Gogh y Modigliani. En aquella época no conocía el nombre de ningún artista Negro. Poquíssimos museos mostraban el trabajo de artistas Negros, si es que había alguno, así que yo simplemente asumí que a la gente Negra no se le daba muy bien pintar. Pero aprendí arte africano de mi madre. Desde que puedo recordar, ella siempre tuvo esculturas africanas en casa. Eran las únicas que tenía. Siempre me encantaron aquellas piezas y me mosqueé mucho cuando al estudiar Historia del Arte en la universidad el profesor definió el arte africano como primitivo. De hecho, si el arte era de alguien que no fuese una persona blanca, se llamaba arte primitivo.

Además de los museos, Evelyn me llevaba a ver películas y obras de teatro, y probábamos todo tipo de restaurantes. Íbamos a parques y a montar en bici y fue Evelyn quien me dio mi primera lección de remo. Era muy sofisticada y sabía todo tipo de cosas.

Eso me venía perfecto, porque yo tenía miles de preguntas. Quería saberlo todo. Me daba un libro y me decía: «Léete esto», y yo me lo leía como si estuviera comiendo helado.

Fue Evelyn quien me llevó a ver mi primer concierto en el Apollo. Vimos a Frankie Lymon y los Teenagers, yo estaba en el séptimo cielo. A partir de ahí, en cuanto aprendí a viajar en metro yo sola, iba a los conciertos matutinos. Si se hubieran enterado mi madre y mi tía, les habría dado un ataque. Supongo que la gente se preguntaba qué hacía aquella niña pequeña en el Apollo ella sola, pero nadie me hizo nada. En ese aspecto siempre tuve bastante suerte.

Bárbara era una niña pequeña que vivía en la casa de al lado, en Queens. Durante una buena temporada fue mi principal amiga y adversaria. Una vez la vi que salía de casa con un vestido blanco con el velo típico de una novia. Todo lo que llevaba puesto era blanco, hasta los zapatos. Incluso tenía una pequeña Biblia en la mano. Pensé que iba a un desfile de niños como las bodas infantiles Tom Thumb que se hacían en el Sur. Así que me acerqué a ella y le pregunté con quién se iba a casar. Me dijo que iba a hacer la Primera Comunión, que era católica.

Bueno, pues me convertí al instante. Yo también quería llevar un vestido blanco, como una novia. Y los católicos además salían más temprano de la escuela los miércoles. Fui corriendo a casa a decirselo a mi madre. Ella era muy permisiva en temas religiosos. Nos daba carta blanca para que fuéramos católicas, baptistas, metodistas o lo que fuera. Así que empecé a ir a misa y a catequesis los miércoles.

La iglesia católica no se parecía a ninguna otra iglesia en la que hubiera estado. En el Sur iba siempre a la iglesia, pero aquellos servicios estaban llenos de música y de emoción. Me quedaba allí sentada atrapada por la música y observaba a aquella gente que «habían recibido alegría» o a quienes «les había venido el espíritu» dar saltos de un lado para otro. Yo nunca fui muy beata, pero me gustaba ir a la iglesia. En las iglesias Negras en que había estado, el ambiente estaba cargado. La música tenía mucha marcha y el predicador rezaba y cantaba al mismo tiempo. La gente se sentía libre de hacer lo que sentía que tenía que hacer. Si les apetecía bailar,

bailaban; si querían rezar, rezaban; si querían gritar, gritaban, y si querían llorar, lloraban. La iglesia estaba ahí para darles fuerza y para ayudarles a sobrevivir la larga semana que tenían por delante. Donde vivíamos, en Queens, no había iglesia Negra.

La iglesia católica era distinta. Era silenciosa y fría. La música era horrible y no se entendía la mayor parte del servicio. Pero lo que me fascinaba era su lado espeluznante. Había tantas cosas raras relacionadas con esa religión. Cuando entrabas por la puerta, tenías que hacer la señal de la cruz con agua bendita; luego, antes de que pudieras sentarte, tenías que hacer una genuflexión. Y durante la misa, estabas todo el rato para arriba y para abajo, se sentaban, se ponían de pie, se arrodillaban. Y había un montón de cosas que aprender. Las estaciones de la cruz, las cuentas del rosario, encender velas, ir a confesarse. Era todo tan espeluznante que yo sabía que éste tenía que ser el dios de verdad. Las monjas sí que me alucinaban. Iban por ahí con un anillo en el dedo diciendo que estaban casadas con Dios. Eso era raro de verdad. Y no podían tener hijos nunca ni «hacerlo», y la gente decía que por debajo de la toca estaban calvas. Yo estaba superada.

La catequesis no se parecía en nada a la Escuela dominical. Nunca contaban buenas historias de Jesús y nunca cantábamos «Sí, Jesús me ama». En catequesis, lo aprendíamos todo sobre los santos, parecía que tenían miles de ellos. Y luego estaba la Virgen María. Le daban muchísimo bombo. Hasta nos hacían rezarle a ella. Yo estaba dispuesta, pero aquella historia me resultaba siempre un poco difícil de digerir. Nada sobre los católicos era simple: hasta tenían distintos tipos de infierno. Tenían uno especial para bebés y luego tenían uno en el medio y luego tenían el infierno de verdad de la buena.

Hasta tenían dos tipos de pecado. Aún puedo oír a la monja, como si fuera ayer. Bueno, un pecado venial es un pecado que no es malo; es un pecado blanco. Pero un pecado mortal es terrible; es un pecado negro.

La noche antes de hacer la Primera Comunión tuve que ir corriendo a la iglesia con mi certificado de bautismo. Lo necesitaban para demostrar que había sido bautizada. Mi madre las pasó canutas para encontrarlo. Yo estaba contentísima de ir porque me habían

dicho que lo llevara al convento donde vivían las monjas. Me moría de ganas de ver cómo era por dentro. Resultó ser tan frío y tan carente de vida como la iglesia. Cuando le di el papel a la monja, lo miró y casi se cae de la silla.

—Ay, no, esto no sirve —dijo—. Esto no es un certificado de bautizo católico. ¿No estás bautizada de verdad?

—¿Cómo? —dije yo—. Claro que estoy bautizada.

—No, no lo estás —dijo—. No fue un bautizo católico, así que no cuenta. Tendrás que bautizarte esta noche o no podrás hacer la Primera Comuni3n mañana.

No estaba preparada para aquello. Me entró la mala leche al instante. Aquella mujer hablaba de mis padrinos como si fuesen tierra bajo los pies. Llamaron a mi madre y le dijeron que fuera a la iglesia. Luego sacaron de algún sitio a unos desconocidos y me dijeron que se suponía que eran mis padrinos y me bautizaron. Nunca volví a ver a aquella gente, y no tengo ni idea de cómo se llamaban. Yo tenía una madrina de toda la vida y éstos me decían que no podía ser porque no era católica. Me pusieron muy furiosa ese día, pero no dije mucho al respecto. Deseaba intensamente hacer la Primera Comuni3n. La hice y más tarde también hice la Confirmaci3n, pero nunca volví a verlos de la misma forma.

Sexto pasó sin demasiados incidentes. Había otra niña Negra en la clase, Gail. Nos hicimos amigas, pero mi relaci3n con los niños blancos se deterioró todavía más. Me dejaban muy claro que yo les importaba un pimiento y yo hacía lo mismo con ellos. Lo que menos me gustaba de ellos eran las cosas que daban por supuestas sobre mí. Por ejemplo, automáticamente asumían que yo era tonta y realmente se llevaban una sorpresa cuando demostraba que tenía buena cabeza. Una de las mayores peleas que tuve fue cuando un niño de mi clase perdió una pluma que su padre le había dado y me acusó de robársela. Yo le esperé fuera de clase y en cuanto salió, me lancé sobre él como si estuviera loca. Nos separaron algunos maestros. No hacían más que decir: «Me sorprendes», «Nunca pensé que te pudieras comportar así». Normalmente yo era muy tranquila y me portaba muy bien. Reaccionaron como si hubiera atacado a aquel chaval sin raz3n y no entendieron

por qué estaba yo tan enfadada. La verdad es que ni siquiera yo lo entendí. Entonces.

Fuera de la escuela era otra cosa. Cuando no estaba haciendo las tareas de la casa o mis deberes, me iba a «explorar». La bici era uno de los grandes amores de mi vida. Me montaba en ella y me recorría todo Queens. A veces los sábados o los domingos me pasaba el día entero en la bici, salía temprano por la mañana y volvía todo lo tarde que me dejaban. Y si no estaba con la bici, estaba en algún sitio jugando con mis amigos. Jugábamos a todo, desde las casitas hasta a balonmano. Yo jugaba con los chicos más que con las chicas porque ellos tenían mejores juegos. Me encantaba el balonmano y el béisbol sin bate, todo lo que requiriera correr. Nuestro campo de juegos estaba justo delante de casa y yo aprovechaba todo lo que había. Jugábamos a la rayuela, a las canicas, y a indios y vaqueros. Yo siempre quería ser india y me ocultaba encima o debajo de algo y luego saltaba gritando con toda la fuerza de mis pulmones. Supongo que en eso era rara, porque la mayor parte de los chavales querían ser vaqueros.

Siempre era torpe y brusca y jugaba a todo como si me fuera la vida en ello. Algunas niñas no querían jugar conmigo porque decían que tenía demasiada fuerza. Y siempre me excluían cuando saltaban a la comba, decían que era demasiado patosa para saltar con dos cuerdas y no querían siquiera que diera porque decían que era un pato mareado.

Pero siempre tuve una mejor amiga y siempre era una chica. Tenía otros para jugar o con los que estar, pero siempre tenía una amiga especial con la que podía hablar de verdad. Nos íbamos a la tienda de chuches y al cine y a sitios así y nos sentábamos y charlábamos durante horas sobre cualquier cosa. Para cuando llegué a Sexto, empecé a idolatrar y a imitar a los chicos grandes que iban al primer ciclo de Secundaria. Estaba impaciente por crecer. El mundo adulto me parecía muy interesante y cuando pertenecías a él podías hacer cualquier cosa que quisieras. Además, yo empezaba a sentirme distinta. Empezaba a interesarme por los chicos.

## *Crackerjacks*

*Te lo podría haber contado,  
en los viejos tiempos,  
en el parque,  
o patinando colina abajo,  
de qué iba todo esto.*

*Me habría sentado junto a ti  
en alguna escalera  
y te habría dado medio chicle  
y, entre las pompas  
y las risas,  
te lo habría contado.*

*Pero ya somos adultos.  
Y es todo tan complicado  
cuando amas a alguien.*

*Ahora, cuando abro mis crackerjacks,  
ya no encuentro un anillo en forma de corazón.  
Sólo un acertijo  
que no quiero resolver.*